UN SOLDADO VOLUNTARIO.

Comedia en tres actos, arreglada á la escena española por D. Ramon de Navarrete, *estrenada con aplauso en el teatro del Príncipe, el 24 de diciembre de 1853.*

PERSONAGES.	ACTORES.
D. Carlos Perez de Guzman, *soldado voluntario en un regimiento de caballeria.*	*Don J. Arjona.*
El Coronel Don Luis de Mendoza.	*Don J. Calvo.*
Emilia.	*Doña T. Lamadrid.*
Doña Leonor, *hermana del Coronel.*	*Doña M. Buzon.*
Don Federico, *amigo de Don Carlos.*	*Don V. Tamayo.*
Mariana, *hortelana.*	*Doña J. Garcia.*
Petronila, *posadera.*	*Doña R. Revilla.*
Estanislao, *sargento.*	*Don E. Arjona.*
Calisto, *trompeta.*	*Don F. Osorio.*
Lorenzo, *soldado de caballeria.*	*Don J. Alisedo.*
Francisco, *criado.*	*Don N. Bermonet.*
Convidados, lanceros, etc.	

La escena es en los alrededores de Barcelona, y en esta ciudad misma.

ACTO PRIMERO.

Patio de la posada de Petronila, en los alrededores de Barcelona. A la izquierda, en primer término, la posada; luego mas adelante un banco. A la derecha un toldo, debajo del cual hay mesas y sillas. En el fondo puerta de entrada enmedio de una empalizada que separa el patio del camino. En segundo término, á la izquierda, una mesa tosca. A la derecha, y en segundo término tambien, una mesa, bancos y sillas.

ESCENA PRIMERA.

Federico, Petronila, Calisto.

Fed. (*sentado á la puerta de la posada con una carta en la mano.*) Me parece que no me equivoco... Si, mi hermana me dijo que estaba en Mataró! Pobre muchacho! (*Petronila y Calisto salen de la posada con una mesa que colocan delante de la que está ya á la derecha, cerca del toldo.*)

Cal. Por eso me ha tomado por asistente.

Pet. Por asistente á ti! A un trompeta! (*suelta bruscamente la mesa; Calisto cae de bruces sobre ella.*) Qué torpe eres, Calisto!

Cal. Me gusta! Eres tú la que suelta la mesa, y yo soy el torpe.

Pet. Vamos, parlanchin, arregla esto. (*Federico se levanta y se dirige hácia el fondo muy pensativo.*)

Cal. (*alineando la mesa con la primera.*) De frente! En línea! Descansen! (*retrocede y tropieza con don Federico.*) Oh!

Fed. No es nada.

Pet. Dispense usted, caballero. (*á Calisto.*) Es mi huesped.

Cal. Cristo! Si lo hubiese sabido...

Fed. Repito que no ha sido nada. Patrona, póngame usted la cuenta de mi gasto desde anoche: voy á hacer algunas diligencias á Barcelona. (*mirando á Calisto.*) Están aqui acantonados los lanceros?

Cal. Si señor. Toma, pues si yo soy su trompeta!

Pet. Un mes hace ya que vinieron.

Fed. Un mes? Justamente. Eso es.

Cal. (Eso es? El qué será?)

Fed. Trompeta, conoceria usted...?

Cal. A quién?

Fed. No. Còmo se llama el coronel del regimiento?

Cal. Don Luis de Mendoza.

Fed. Ah! No es eso. (*vase.*)

ESCENA II.

Calisto, Petronila.

Cal. Eso es! No es eso! Y se vá sin añadir mas! Este paisano parece loco.

Pet. (*saca un cesto y se sienta en el banco á mondar legumbres.*) A propósito de tu coronel, con que te ha elegido por asistente?

Cal. Si, Petronila, elegido; ni mas ni menos. Figúrate que al llegar á Barcelona para tomar el mando del regimiento, donde todos somos buenos mozos...

Pet. Todos, no.

Cal. Pues qué, no soy yo buen mozo?

Pet. Adelante; sigue tu cuento.

Cal. (*poniéndose un delantal.*) Pues señor, al llegar á Barcelona, dicen que dijo á Estanislao el sargento:—

Necesito un asistente, dijo.—Tome V. S., le dijo el sargento, al trompeta Calisto Ganso, que es buen muchacho y músico consumado.—Un trompeta, dijo el coronel! No importa; tráemelo, dijo.—Calisto, dijo Estanislao; el coronel te llama.—Pues allá voy, digo yo.—El coronel me miraba de un modo que yo no hacia mas que retorcer mi dragona, asi. Luego dijo:—Aunque tiene cara de tonto, dijo, lo mismo dá este que otro.—Los camaradas se rieron al oirle,.. (*se sienta en el banco.*)

PET. Ya lo creo.

CAL. Pero yo me puse tan hueco!..

PET. Aseguran que no gasta buen genio tu coronel.

CAL. (*raspando un nabo.*) Es algo cascarrabias..... pero qué cocina tiene! Ayer mismo la hermana del coronel, una cotorrona que habrá sido guapa, en sus tiempos, aunque es muy vanidosa, mandó que me dieran un caldo, que, no lo digo por despreciar tu puchero; tenia aquel solo mas sustancia que todos los tuyos reunidos.

PET. No piensas mas que en comer, tragon. Para tí el pico es lo principal.

CAL. Lo principal para mi eres tú.

PET. Una vez que eres asistente del coronel, no lo serás ya mio.

CAL. Por qué no? Lo mismo que antes. Si tal: yo te rasparé, yo te pelaré, yo te asaré, y luego, cuando sea tu marido...

PET. Es menester que hables de eso al coronel. (*se levanta, el banco se inclina del lado de Calisto y este cae al suelo.*)

CAL. Ya está hecho. Oh!

PET. Qué ocurre?

CAL. (*levantándose.*) Digo que ya está hecho.

PET. Y qué te ha respondido?

CAL. Me envió al diablo al principio; despues, cuando supo: primero que solo me faltan seis meses para obtener mi licencia: segundo, que eres una antigua cantinera; y tercero que posees un establecimiento público acreditado, dijo que mañana te veria.

PET. Mañana?

CAL. No dejes de ir, ni de ponerte el fondo del cofre.

PET. No tengas cuidado.

CAL. Cuando yo cumpla, le recomendaré al coronel para asistente al lancero Carlos.

PET. Qué asistente tan fino, tan elegante hará! El, que es como unas perlas, y tiene dinero largo!..

CAL. Ya lo creo; dicen que es hijo de un tendero de comestibles de Madrid!

PET. Qué diferencia entre él y el sargento Estanislao! Carlos paga al corriente y no toma nunca la vuelta! El otro siempre tiene trampas. Le has hablado de esto, segun me prometiste?

CAL. No, Petronila.

PET. Cómo no?

CAL. Mira, lo he pensado mejor. A los soldados les haré todas las reclamaciones que quieras; pero en cuanto á los superiores, niquis. (*gritos dentro.*)

PET. (*gritando.*) Ay, ay!

CAL. Qué es eso? Quién se ha muerto?

PET. Es que se desboca un borrico! Va á echar por tierra mi empalizada!

CAL. No temas; ya le han detenido los lanceros.

PET. Toma! Si es Marianilla, la hortelana de Badalona.

CAL. Vienen dos.

PET, Calla! Pues á la otra no la conozco.

ESCENA III.

Dichos, EMILIA, MARIANA, LORENZO, *otros dos lanceros, despues* ESTANISLAO.

MAR. Gracias, melitar, gracias.

EMI. (*sale riéndose.*) Ah, ah, ah! Si no me he hecho daño ninguno.

LOR. Pero cómo, no se pagan derechos al lancero?

EMI. *y* MAR. Qué derechos?

LOR. Un abrazo, vaya.

LOS OTROS LANCEROS. Si, si!

EMI. Un abrazo? No faltaba mas!

LOR. No hay remedio; un abrazo á cada uno de los presentes.

EMI. Quiere usted estarse quieto?

LOR. Si te lo he de dar!

EMI. Socorro, socorro!

LOR. No parece sino que te amenaza algun peligro!

EMI. Socorro!

EST. (*apareciendo en el fondo.*) Qué es eso? Alto ahi!

LANCEROS. (*deteniéndose.*) El sargento!

CAL. (Ya está aqui el agua fiestas!)

PET. (El mal pagador!)

EMI. (*corriendo á él.*) Ah! señor oficial, defiéndame usted!

CAL. (Le llama oficial! Vaya una tonta!)

EST. No os avergonzais? Militares españoles, lanceros, querer obtener á la fuerza los favores de la hermosura! Retiraos! Vosotros no sois dignos de llevar la lanza!

EMI. La lanza de los caballeros!

EST. De los caballeros, como dice la lugareña, la cual se conoce que ha recibido educacion. Mereceriais ser trasladados... á otros regimientos que no tuviesen lanzas.

PET. Mire usted qué salida!

EMI. (Este si que es hombre de bien!)

MAR. Gracias, señor oficial.

CAL. (Otra vez oficial!)

LOR. Yo le diré á usted, mi sargento...

EST. Silencio. Permíteme, paloma, enseñar á esos belitres, cómo se obtiene de la persona mas delicada..... (*quiere abrazarla, ella huye.*)

EMI. No, no!

LANCEROS. (*riéndose.*) Ah, ah, ah!

PET. Bravo!

MAR. Señor sargento!

EST. Estaos quietas! No podeis oponeros á que dé una leccion á mi gente.

EMI. Si tal! (*defendiéndose.*)

EST. No, no.

MAR. Déjenos usted.

PET. Bah! Un abrazo!

EMI. No quiero... no quiero... no quiero. (*huye; Estanislao la persigue.*)

CAL. Se lo dará!

LANCEROS. (*riéndose.*) No se lo dará. (*Carlos aparece por el fondo.*)

MAR. Es usted un pícaro! (*á Estanislao.*)

EMI. Déjeme usted! Ay, ay, ay!

EST. Se resiste? Pues la daré dos. (*Carlos tose.*)

ESCENA IV.

Dichos, CARLOS.

CAR. Hum! hum!

CAL. Ah! Es Carlos!

EMI. (*corriendo á él.*) Defiéndame usted, defiéndame usted!

MAR. Si la tocais, voto al demonio!...

TODOS. (*riéndose.*) Ah, ah, ah!
CAR. Qué sucede aqui?
EST. Deja, deja. Esa chica que me debe un abrazo.
EMI. Yo no debo nada á nadie.
LOR. Si tal; nosotros hemos detenido á su borrica que se desbocaba.
CAR. En ese caso, abrazad á su borrica.
EMI. Justamente.
MAR. Es verdad.
LOR. (*riéndose.*) Habrá farsante!
EST. Tengo que decirla cuatro palabrita al oido.
CAR. (*deteniéndole.*) No vé usted que no le gustan los lanceros?
EMI. Si tal: me gustan mucho... á caballo.
TODOS. A caballo?
EST. Es una manera de enviarnos... á pasear.
CAR. Asi parece. A propósito, acaban de tocar llamada.
TODOS. Ah!
CAL. Cáspita!
CAR. No lo habeis oido? Es que el coronel vá á pasar revista de armas..
EMI. El coronel?
EST. Vamos pronto. He comprometido mis galones.
CAL. Y yo mi trompeta.
EST. Oid, muchachos; despues de la revista refrescaremos aqui... Yo pago.
PET. Niquis: comience usted por pagar lo que debe.
EST. Qué dice?
CAL. Vamos á la revista. Calla! (*á Petronila.*)
EST. Vamos.
TODOS. Vamos.
CAR. (*ap. al irse.*) Qué bien les he engañado! (*vanse todos.*)

ESCENA V.

EMILIA, MARIANA, PETRONILA, *luego* CARLOS.

EMI. Dios mio! Qué miedo he tenido!
PET. Pues tranquilícese usted! Ninguna se muere porque la den un abrazo. Aqui me tiene usted á mí tan sana y tan buena, que he recibido lo menos un millon de ellos.
EMI. De veras?
MAR. Ya, pero cuando no se tiene costumbre....
EMI. Qué escelente joven, y qué servicio me ha hecho gratis!
PET. Gratis? Quién sabe!
MAR. La verdad es que no ha pedido nada.
PET. Si, Carlos es el mejor y el mas amable de...
CAR. (*saliendo.*) Gracias, Petronila.
EMI. (*asustada.*) Ah!
MAR. Hola! Es él!
PET. Y la revista?
CAR. Con que tú lo creiste tambien? Fué una treta para alejar de esta niña á aquellos bergantes.
EMI. Ah! señor lancero!
PET. Ya lo vé usted: vuelve á buscar su paga.
CAR. Mi paga? Qué paga?
PET. Toma! El abrazo que los otros querian.
EMI. Oh! No!
CAR. No tema usted nada, joven; yo no tomo nunca:... acepto.
CAR. Entonces ya estoy tranquila.
CAR. (*riéndose, á Mariana.*) Es decir, no acepto de todo el mundo.
PET. Y en verdad, Mariana, que hoy es la primera vez que traes á esta muchacha contigo. Yo no la conocia.
EMI. Es cierto.
CAR. (*confusa.*) Es que... es que.... Mire usted.... es hija de un labrador de mi pueblo.
EMI. Si; es hija de un labrador de mi pueblo.
CAR. Y preciosa por mas señas.
MAR. No habia venido nunca á Barcelona, y luego, queria ver los lanceros. (*Emilia tose.*)
CAR. Hola, hola!
PET. Pues no habrá quedado descontenta de ellos.
MAR. No... es decir...
EMI. Sepan ustedes lo que es. No hace mucho tiempo que estamos en el pais; y la otra semana pasó un lancero á caballo por delante de nuestra casa. Yo no los habia visto nunca, y me pareció muy bien aquel.
CAR. Gracias, hermosa.
EMI. Si yo fuese soldado, no quisiera servir en otro regimiento que en ese.
CAR. (Es que me vá gustando la chica!)
MAR. (Qué salida!)
EMI. Mariana me dijo que hoy habia revista, y que veria muchos lanceros reunidos... y hasta al coronel; y como era dia de mercado, pedí permiso á mi padre para venir con ella en la borrica.
MAR. (Nunca se me hubiera ocurrido otro tanto!)
CAR. Se conoce que es usted muchacha de gusto.
PET. Pues el caso es, que no hay revista hoy.
EMI. Cómo! No habrá revista?
CAR. Lo siente usted?
EMI. Mucho!
CAR. (*riéndose.*) Vaya, no hay duda que le gustan á usted los lanceros, y no lo siento á fé mia, al contrario. Quiere usted que yo se los enseñe?
EMI. Y al coronel tambien?
PET. Qué empeño tiene en ver al coronel!
CAR. Si, si; al coronel tambien. Hoy por la mañana hay revista de armas por escuadrones en el campo de maniobras.
PET. Que está muy cerca de aqui.
MAR. Ah! Ya sé.
EMI. Y principiará pronto?
CAR. El primer escuadron, el mio, está citado para las diez, y yo me encargo de colocarla á usted.
EMI. Cerca del coronel?
CAR. Cerca del coronel. (Vaya una chica rara!)
EMI. Entonces, Mariana, tendrá usted tiempo de marcharse al mercado, y volver á buscarme, para ir juntas al campo de maniobras.
CAR. Eso es.
MAR. Pues me voy volando. (*corre hácia el fondo y luego se detiene.*) Señor lancero, quiere usted ayudarme á bajar las cestas?
CAR. Con mucho gusto, buena muger.
MAR. (*desde afuera á Emilia.*) Y no tendrá usted miedo de quedarse ahi solita?
EMI. Miedo? Por qué, si es de dia?
PET. Ademas, á mi posada solo vienen personas de alta catiguria.
CAR. (*riéndose.*) Como por ejemplo, soldados.
EMI. (*id.*) Pues no hay mas que decir.
CAR. (Cáspita! Qué ojillos tiene esta palurda!)
MAR. Oiga usted, Petronila, que tenga usted cuidado de ésa muchacha, de mi carreta y del burro.
PET. Vaya usted con Dios, que todo lo encontrará completo. (*Mariana se vá seguida de Carlos.*)

ESCENA VI.

EMILIA, PETRONILA, *luego* CARLOS.

EMI. Sabe usted que es buen mozo el soldado?
PET. Yo lo creo, y tan atento, tan fino! Ya abrazará él por fuerza á una joven! Primero se dejaria abrazar él!
EMI. De verdad?

PET. Y qué va usted á hacer ahora, amiguita?
EMI. Si me diese usted en su casa un buen pedazo de pan y un vaso de leche, no me fastidiaria de aguardar.
PET. Al momento; nuestra leche no será tan rica como la de las vacas de su pueblo de usted; pero el pan está calentito... es de ayer. Vamos, vamos.
CAR. (*á Mariana que se vá con los cestos.*) Hasta luego, hortelana.
EMI. Hola! Otra vez el lancero!
PET. Qué pocas ganas tiene usted de marcharse!
CAR. (*por fuera de la empalizada.*) Es que quiero decirla á usted, que es muy exigente con mi sargento, el cual es un escelente hombre.
PET. (*desde la puerta de la posada.*) Y por qué no paga?
CAR. Ese no es motivo para afrentarle en público! (Cómo me mira!)
EMI. (Vaya si tiene buena cara!)
PET. (*acercándose á Carlos.*) Y he de perder yo mis ocho duros?
CAR. (*bajo.*) No los perderá usted... y en prueba, ahi están.
PET. (*tomándolos por encima de la empalizada.*) Vengan.
CAR. Silencio! Me encargó que se los diese á usted, y que recogiera la cuenta.
PET. Voy á ponerla en seguida. Viene usted, joven?
EMI. Allá voy. (*vase Petronila.*)

ESCENA VII.

EMILIA, CARLOS.

CAR. (*saliendo y sentándose junto á la mesa de la derecha.*) Nunca he visto fisonomía mas provocativa.
EMI. (Si me atreviese á sonsacarle; acaso sabria...) (*hace que va á entrar en la posada.*)
CAR. (*tosiendo.*) Hum! hum!
EMI. Ay! Me ha asustado usted!
CAR. Sin duda los camaradas que la perseguian poco ha, hija mia, han debido darle á usted tan mala idea de la galanteria militar...
EMI. Que usted querria hacerme formar otra mejor.
CAR. Es claro! Por espíritu de cuerpo. Ademas, usted no esperaria encontrar esos lanceros.
EMI. Ni esos ni otros.
CAR. Sino aquel que pasó por delante de su casa de usted. A que le dió á usted cita aqui?
EMI. Quiá! Si no le reconoceré aunque le vea! Si solo ví su uniforme!
CAR. De veras, no ha venido usted por él á Barcelona?
EMI. No por cierto! Vaya una ocurrencia! (*se sienta á la izquierda.*)
CAR. (*se levanta y acerca á ella.*) Pues entonces, por qué?
EMI. Toma! Por la revista! Debe ser una cosa tan bonita ver todo el regimiento á caballo con sus banderolas, sus plumeros y todo! Y luego el coronel... Porque estoy segura de que debe ser guapo el coronel. Por qué me mira usted?
CAR. (*acercándose.*) En qué consiste que yo, que recorro todas las fiestas mayores en tres leguas á la redonda, no la he encontrado jamás á usted en ninguna parte?
EMI. No habrá usted reparado en mi. Hay tantas muchachas! Y es joven?
CAR. Joven? Quién?
EMI. El coronel.
CAR. (*sentándose á su lado.*) Ah! Mi coronel? Sí, si. Puede saberse el nombre del venturoso pueblo que usted habita?
EMI. Qué se le importa á usted?
CAR. Me parece que hácia alli iré yo frecuentemente de paseo.
EMI. Es estraño! No creo que le gusta á usted mucho.
CAR. Su pueblo de usted?
EMI. No: el coronel!
CAR. Qué diantre! Por qué me habla usted siempre de mi coronel?
EMI. Yo? Es que debe ser tan bonito un coronel, con sus tres galones y sus espolines, montado en un caballo alazan!
CAR. (*riéndose.*) Soberbio!
EMI. Diga usted, lleva tambien banderin?
CAR. No, no.
EMI. Y tiene buen genio?
CAR. Tampoco.
EMI. Cómo! No?
CAR. Y qué se le dá á usted?
EMI. Es cierto. Qué se me dá á mi?
CAR. Con que dígame usted el nombre de su pueblo.
EMI. Calla! Y para qué?
CAR. Para ir á verla á usted... para que bailemos juntos el domingo.
EMI. Si yo no sé bailar!
CAR. Yo la enseñaré á usted; y teniendo unos piececitos tan preciosos, no le costará á usted gran trabajo aprender.
EMI. Que si quieres! No habria pocas habladurias en el pueblo! Porque son tan chismosos! Y luego, mi padre tiene un genio como un demonio... igualito al del coronel.
CAR. Dale con el coronel! No sabe usted hablar de otra cosa! (*levantándose.*)
EMI. Y usted, por qué no me contesta? Yo soy muy terca, y quiero que me respondan cuando pregunto.
CAR. De veras? (*queriendo abrazarla.*)
EMI. (*huyendo.*) Déjeme usted. Y por qué no le quiere usted á ese pobre hombre?
CAR. Toma, no le quiero... esto es, no le queremos, porque nos carga.
EMI. Y por qué, vamos á ver?
CAR. Porque no le conocemos; porque le han traido de otro cuerpo, en vez de ascender á nuestro teniente coronel, á quien todos amamos de corazón.
EMI. Entonces, él no tiene la culpa; y si es bueno, justo, cariñoso...
CAR. No lo es tal. Siempre gruñendo, siempre de mal humor, siempre dispuesto á arrestarle á uno. Buenos modos de hacerse amigos!
EMI. Ah! Con que es duro con usted?
CAR. A mi no me conoce.
EMI. No le conoce á usted y usted le desacredita? Lo veo; es usted un perverso. Abur.
CAR. (*deteniéndole.*) No: no quiero que lleve usted á su pueblo tan mala idea de mi.
EMI. Y qué importa, si no ha de ir usted allá?
CAR. Y si fuese?
EMI. Alli no conoce usted á nadie.
CAR. La conoceré á usted.
EMI. Buena cosa! Una tontuela como yo!
CAR. Tontuela! Sabe usted mas que Merlin!
EMI. Y qué significa eso?
CAR. Significa que me gusta usted, y que la quiero.
EMI. Usted me quiere?
CAR. Si, si; y la buscaré á usted por todas partes.
EMI. (*riéndose.*) Qué locura! No vaya usted al pueblo, porque mi padre tiene un geniazo y unos puños...
CAR. No tendrá las manos tan blancas como usted.
EMI. Blancas? Como que me las he lavado para venir aqui. Con que déjeme usted marcharme.

CAR. Y se irá usted sin darme siquiera un abrazo?
EMI. Cómo! Despues de haber tomado mi defensa por...?
CAR. Justamente: para demostrar que vale algo ser su defensor de usted. (*quiere abrazarla.*)
EMI. (*rechazándole.*) Pues no vale nada.

ESCENA VIII.

Dichos, PETRONILA, MARIANA, *despues* ESTANISLAO.

PET. Qué es esto? Qué pasa?
EMI. No pasa nada.
CAR. Desgraciadamente.
MAR. (*sale corriendo.*) Despachémonos; que ha principiado la revista. Vengo echando el bofe.
CAR. Ha empezado? Diantre!
MAR. Ya la han pasado dos escuadrones.
CAR. Dos? Entonces, en chirona.
PET. Arrestado?
EMI. Arrestado usted?
PET. Corra usted, acaso sea tiempo todavia.
CAR. Ojalá! (*va á marcharse.*)
EST. Hijo mio, estás arrestado.
CAR. Bravísimo! Y van ciento!
EMI. Pobre muchacho!
CAR. Me compadece usted?
EMI. Acaso yo tengo la culpa de ese castigo, por haberle detenido á usted.
EST. Hola! Con que habia aqui otra revista?
MAR. Cómo, niña, con que...?
PET. Allí tiene usted el almuerzo.
EMI. Muchas gracias; pero ya que Mariana viene á buscarme...
MAR. Despache usted, si quiere ver desfilar los lanceros por frente del coronel, que es un moceton...
EMI. Vamos corriendo..
CAR. Y dónde podré volver á verla á usted? (*deteniéndola y bajo.*)
EMI. Por ahi! (*marchándose.*)
CAR. Dígame usted siquiera el nombre de su pueblo.
EMI. El nombre de mi lugar? Mire usté qué diantre! Si se me ha olvidado! Ja, ja, ja! (*vase con Mariana.*)

ESCENA IX.

PETRONILA, CARLOS, ESTANISLAO.

CAR. Habrá gazmoña!
EST. No valia esa hembra la pena de hacerse arrestar.
CAR. (*sin oirle.*) Oh! Yo la encontraré.
EST. Despues que hayas cumplido tu arresto.
PET. Pronto volverán los lanceros. (*arregla las mesas, y luego entra en la posada.*)
CAR. Bah! Mi arresto!
EST. No hay que jugar con el coronel! Y hoy tenia una cara de herege, Cristo! Camarada, tú obsequias á los amigos, y cuando se me enreda la lengua me das lecciones de ortografia...
CAR. A dónde vá usted á parar?
EST. Voy á parar, á que cuando estamos entre nosotros...
CAR. Adelante.
EST. Trato de evitarte en lo posible los castigos, las reprimendas, las... pero ahora no cuentes con eso, cáspita!
CAR. Bueno! Mas no se dirá que una lugareña me ha dejado...
EST. Con un palmo de narices.
CAR. Vaya si se dá tono la muy necia! Y no hay en la guarnicion una muger que tenga ojos como aquellos.
PET. (*saliendo.*) Gracias por la parte que me toca.
EST. Tiene razón Petronila. Oye, mocito, porque una vez se coman perdices, no se debe despreciar la vaca.
PET. Eso es llamarme vaca á mi, seo jastial.
CAR. (La encontraré, aunque tenga que recorrer todos los alrededores.)
EST. No tal; te llamo sol.
PET. Eso es otra cosa. Ahora que me acuerdo, no era media onza justa, señor sargento.
EST. Qué estás cantando, Petronila?
PET. No canto; quiero...
EST. Quieres hacerme cantar, con pretesto de que te adeudo ocho miserables pesos? Por el momento no hay plata.
PET. Si estoy pagada!
EST. Cómo? (*Carlos tira de la manga á Petronila para que calle.*)
PET. Y sobran catorce reales de la media onza.
EST. De veras?
PET. Ahi están.
EST. No son mios... yo no los tomo. (Qué prodigio es este?)
PET. Y qué quiere usted que yo haga de su dinero?
CAR. Danos unas cuantas botellas de aquel moscatel que le gusta tanto al sargento, para celebrar mi arresto, si él lo permite.
PET. Lo traigo?
EST. No te lo han dicho?
PET. Voy por él. (*vase.*)
EST. (*apretando la mano á Carlos.*) Eres la flor y la nata de los militares. Mira, creo que voy á llorar de gratitud, de admiracion, de...
CAR. No comprendo...
EST. Reconozco la misma mano del mes anterior; la que pagó la cuenta del sastre que queria quejarse al capitan...
CAR. Bien, y qué?... Cree usted que yo dejaria humillar á un valiente como usted? No haria usted en su caso otro tanto por mí?
EST. Vive Cristo! No!
CAR. Cómo!
EST. Porque soy físicamente incapaz de ello... (*tocándose al bolsillo.*) Pero tranquilízate; no perderás nada; y te pagaré tus adelantos asi que mi tio, de quien soy único heredero, haya cerrado el ojo.
CAR. De veras tiene usted un tio? Y qué edad cuenta?
EST. Diez años.
CAR. Cómo! Diez años?
EST. Diez años menos que yo.
CAR. (*riéndose.*) Ja! Ja! Ja!
PET. (*saliendo.*) Aqui está el vino.

ESCENA X.

Dichos, CALISTO, LORENZO, *lanceros.*

CAL. Petronila, vienen los camaradas á despedir á Lorenzo.
PET. Pues llegan á tiempo para refrescar.
CAR. Cómo! Se vá Lorenzo?
CAL. Toma! Si ha cumplido!
EST. (*sentándose á una mesa con Lorenzo.*) Con que nos dejas, bribon?
CAR. Eso no es posible! (*se sienta enfrente de Estanislao.*)
LANCEROS. No, no es posible!
LOR. Voy á abrazar á mi madre, y en seguida, si encuentro quien me pague bien, volveré de sustituto.
TODOS. Bravo! Bravo!

CAL. (*mirando las botellas.*) Hola! Moscatelillo!
CAR. Chicos, sentaos, y echemos un trinquis á la salud de Lorenzo.
LANCEROS. (*sentándose á las mesas.*) Bravo!
CAL. (*gritando.*) Petronila, moscatel!
EST. Cómo! Para todo el mundo?
CAR. Para todo el mundo. Yo pago.
LANCEROS. Carlos, paga! (*Petronila vá por mas botellas.*)
CAL. Dime, camarada, llueven doblones en tu bolsillo?
CAR. Tengo una hermana, bonita como un ángel, que se casa ahora con un escelente muchacho...
CAL. Tendero tambien?
CAR. (*riéndose.*) Tambien. Y ella es la que me envia algun dinerillo.
EST. Entonces, propongo un brindis á la salud de tu hermana.
LANCEROS. Si! Si! (*Petronila sale cargada de botellas y las distribuye: despues se vuelve adentro.*)
CAL. Ven, ven acá, Petronila.
PET. Vamos, ayúdame tú á descargarlas, Calisto.
CAR. Es claro: á tí te toca eso. El pobre trompeta está siempre de planton aqui... esperando ser otra cosa.
LOR. Marido, eh? (*los lanceros se rien.*)
EST. (*á Calisto.*) De veras te casas con ella?
PET. (*volviendo á salir con vasos.*) Muchito.
CAR. Pues si yo fuese Petronila, no dejaria que sirvieses de asistente al Coronel.
CAL. Y por qué, vaya?
EST. Toma! Por su hermana, que es una matronaza soberbia.
CAL. Si, si: buen morcon.
CAR. Es claro; si Petronila es celosa, bien podia serlo de aquella amazona.
TODOS. (*riéndose.*) Si! Si!
PET. A que no necesita de nadie cuando estemos casados?
CAL. (*queriendo abrazarla.*) No! No! No!
PET. (*dándole un bofeton.*) Todavia no lo estamos.
TODOS. (*riéndose.*) Ah! Ah!
CAL. (*muy contento.*) Cáspita! Qué fuerzas tiene! (*reparte vasos á todos.*)
CAR. (*tomando su botella.*) Avancen en órden.
EST. Vaso en mano!
LANCEROS. (*tomando los vasos.*) Uno!
CAR. Destapen las botellas!
EST. Atencion!
CAR. Fuego! (*todos destapan las botellas.*)
PET. Bien!
CAR. Derramen!
EST. Amigos, brindo por la hermana de Carlos!
TODOS. Si, si! Por la hermana de Carlos!
CAR. Gracias, camaradas. Pero dad un vaso á Petronila!
EST. A menos que no quiera beber en el mio.
PET. Es demasiado chico para dos.
CAR. Ahora brindemos por Lorenzo, ya que se marcha.
EST. Eso me parece incomprensible. Haber tenido la fortuna de pasar seis años en un regimiento de lanceros, y volver á ser paisano!
TODOS. Es verdad!
LOR. Como le he dicho al capitan, me hubiese quedado á encontrar un ricacho á quien sustituir: Carlos, por ejemplo.
CAR. A mí?
EST. No faltaba mas sino que tambien nos dejase este, la flor y la nata de los lanceros!
CAL. Un camarada que convida siempre.
PET. Que paga tan bien!
EST. Tan buen muchacho!
CAL. Y habia de dejarnos?
TODOS. No! No!
CAR. Tomar yo un sustituto? Eso nunca! Es tan verdad como que he visto antes una muchacha preciosa. Siempre me quedaré con vosotros! Lancero perpétuo en mi escuadron, siempre! Vivan los lanceros!
TODOS. Vivan... nosotros!!
CAR. (*coje á Petronila y la hace bailar.*) La, la, laran la!
CAL. Eh! Basta! Basta! (*queriendo detenerlos.*)
LOS OTROS. Bravo, Calisto, bravo!
(Carlos pasa Petronila á otro lancero, y hace bailar por fuerza á Calisto. Petronila pasa sucesivamente de lancero en lancero, riéndose á carcajadas, y á pesar de los esfuerzos de Calisto, que se ha soltado de Carlos.)
CAL. Dejadla! Dejadla! (*Estanislao quiere abrazar á Petronila, que le dá un bofeton y se escapa.*)

ESCENA XI.

Dichos, FEDERICO.

FED. Patrona!
CAL. (*queriendo arrancar á Petronila de los brazos de Carlos.*) Que te llaman!
FED. (*viendo á Carlos.*) Carlos!
CAR. Federico!
EST. Hola! Conoce á este paisano!
PET. Queria usted algo, caballero?
FED. Si; preguntar por una persona que ya he encontrado.
EST. (*haciendo seña de que se alejen los lanceros.*) Camaradas, *mutis*.
FED. Sentiria haber interrumpido...
EST. Nada de eso, paisano: estos valientes van á acabar sus municiones en el jardin.
CAL. Bueno; pero respetad á mi esposa.
TODOS. (*riéndose.*) Ah! Ah!
PET. No hagais caso: es un tonto! (*vanse los lanceros, Petronila y Calisto.*)

ESCENA XII.

CARLOS, FEDERICO. *Se miran un momento con emocion: luego se arroja el uno en los brazos del otro.*

FED. Carlos mio! Cómo es que te encuentro aqui?
CAR. (*conmovido.*) Qué tiene eso de particular?
FED. Tú, el hijo de un opulento banquero, el jóven mas á la moda de todo Madrid, el mejor ginete, el polkista mas elegante de la buena sociedad, con una botella en la mano, cantando y bailando en medio de esos lanceros, que se disputan las gracias de una Maritornes! Qué cambio!
CAR. Soy soldado! Esos son mis camaradas, escelentes chicos, cuyos usos, costumbres y placeres deben ser los mios; y no me avergüenzo porque no tengo ni otra sociedad ni otros amigos.
FED. Ingrato! Con que nos has olvidado á todos?
CAR. No, pienso en vosotros, en mi familia; pero esos son mis sueños dorados cuando estoy solo.
FED. Y no te acuerdas algo del gran mundo?
CAR. No por cierto. Tengo mis ocupaciones, mis hábitos: desempeño mi servicio; sufro mis arrestos...
FED. Tus arrestos?
CAR. Si, muy á menudo. Cuido de mi caballo, canto con mis camaradas, bailo con las muchachas, que no son muy crueles conmigo... Qué me puede faltar para ser feliz?
FED. Y lo eres?
CAR. (*con una alegria forzada.*) Mucho! Mucho! Y qué te trae por aqui, por esta posada?
FED. Como soy artista, he prometido hacer su retrato á una señora que ha venido á pasar el verano á una quin-

ta cerca de Barcelona. Despues pensaba ir á Mataró, donde te creia de guarnicion.

CAR. Nos han relevado.

FED. Se lo habia prometido á tu hermana.

CAR. (*conmovido.*) Y cómo está la pobre Anita?

FED. (*sacando su cartera.*) Buena. Me encargó que te entregase la copia de un retrato, que hice el mes pasado.

CAR. Su retrato?

FED. No; mira.

CAR. Mi padre! (*muy conmovido.*) Si... El es! El es! (*besa el retrato.*) Padre mio!

FED. Le amas siempre?

CAR. Si... aunque fué muy duro, muy inexorable conmigo.

FED. Volverás á verle?

CAR. No, no: me volveria á arrojar de su lado. Porque tú no sabes... mi padre, á quien yo queria tanto, por el que hubiera dado, por el que daria aun hasta la última gota de mi sangre, me ha arrojado de su casa!

FED. Lo sé; parece que tus deudas, tus locuras...

CAR. Si; nos educan en magníficos palacios, en medio de todo el fausto de la aristocrácia nueva; se hace correr el oro á nuestra vista, como si lloviese del cielo; deslumbran y embriagan nuestra ardiente juventud con cuanto hay de mas seductor en el mundo, y luego se admiran de que nos fastidie el trabajo, de que los placeres nos arrastren, á mi, sobre todo, á quien mi madre habia mimado sobradamente, y ante quien mi padre hablaba con orgullo de su fortuna! Ese orgullo me contagió; mis veinte años no comprendian mas que lujo y amores. El oro corria por mis manos, y cuando no tenia mas, lo prometia... Llegaron las deudas, y ya no estaba allí mi pobre madre para pagarlas; mi padre se enfadó, y me cerró su caja. Naturalmente entonces crecieron mis apuros. En el torbellino que me arrastraba, los estudios que exijian de mí habian llegado á ser imposibles. Perdido por mis locuras, hacia otras nuevas para aturdirme! Mi hermana, como un buen ángel, intercedia siempre en mi favor. En fin, qué te diré? Tú sabes la fatal pasion que me estraviaba entonces; una muger, á quien adoraba, me ayudaba á ahondar el abismo en que debia hundirme... hasta el dia en que, abandonado por ella, me desperté con toda la rabia de la desesperacion, con una estocada y veinte mil duros de deudas, que fueron á caer como un rayo sobre la caja de mi padre. Ah! Qué horrible escena! Temblaba él de cólera, y mis súplicas no podian ablandarle: fué menester un grito de espanto de mi hermana para detener en sus lábios la maldicion que iba á fulminar sobre mi cabeza. Y cuando fuera de mi, yo gritaba que iba á sentar plaza de soldado, con los brazos estendidos hácia la puerta me contestaba que no tendria valor para tanto! Salí, pues, de aquella casa, de donde mi padre me arrojaba, como un loco, como un maldito. Perecíame que una barrera insuperable acababa de levantarse entre el mundo y yo. Una carta llevó á Anita mi despedida y mis lágrimas; ocho dias despues estaba en este regimiento. Hé aqui, amigo mio, cómo he llegado á ser soldado! Durante mucho tiempo estuve triste, abatido.. pero, qué quieres? Es menester tomar las cosas segun vienen, y la felicidad donde se encuentra.

FED. Pobre Carlos! Cuánta resignacion habrás necesitado, tú, tan altivo, tan impaciente, tan indomable, para plegarte á la disciplina militar! Pero yo te creia graduado!

CAR. Una vez me pusieron los galones de cabo; mas me olvidaba siempre de castigar á los camaradas, y me los quitaron.

FED. Estoy seguro de que no te gustan tanto cual dices ese vino de taberna, esos bailes al aire libre, y esas aldeanillas...

CAR. No hables mal de ellas; esta mañana he visto una aqui...

FED. Querrás hacerme creer que has olvidado...?

CAR. Nada, nada, te le confieso. Me acuerdo de los banquetes, de las fiestas, de los bailes, en que gozaba tanto; y á las veces sueño despierto con aquellas mugeres de dulces miradas, de embriagadora sonrisa, que conocí en mi juventud, y que pasan ante mis ojos cual fantásticas apariciones.

FED. Quieres que esos sueños se conviertan en realidad?

CAR. Cómo?

FED. Hoy hay un baile en la quinta donde voy á habitar algunos dias; y allí, encontrarás, como en Madrid, todo lo que te gustaba tanto; lujo, placeres y hermosas.

CAR. Qué idea!

FED. Presentado por mí, cual un amigo...

CAR. Estás loco? Un soldado raso! Mi hermana se empeñó en recomendarme á una de sus amigas, que está casada en Mataró, y su marido fué á verme al cuartel: tuve que pagarle la visita; pero algunos dias despues me encontraron cargado con un enorme saco de patatas, la cena del regimiento. Juzga de su sorpresa y de mi confusion! Les saludé sonriéndome, y no volví nunca á verlos.

FED. Pues bien, ven de paisano; pongo mi maleta á tu disposicion... nadie te reconocerá.

CAR. Ademas, estoy arrestado.

FED. Y si yo viese al coronel?

CAR. Guárdate bien de hacerlo, porque es un hombre brutal. Si me decidiese á aceptar tu oferta, habria otro medio. Pero no; gracias, gracias.

FED. Tú lo pensarás. Mira, estoy en esta posada; voy á escribir una carta, y en seguida saldré á buscarte.

CAR. Para llevarme al baile? Repito que no puede ser.

FED. Repito que lo pensarás. Hasta luego. (*vase.*)

CAR. Escelente Federico! Cuánto me ama!

ESCENA XIII.

CARLOS, EMILIA, MARIANA, PETRONILA.

MAR. Petronila, que nos vamos.

CAR. Ah! Mi aldeanilla!

EMI. Hola! Mi lancero!

CAR. Su lancero dice!

EMI. Parece que está usted de centinela aqui.

CAR. Toma! Estaba esperándola á usted.

EMI. (*alejándose.*) Pues yo no buscaba á nadie. (*él la sigue.*)

MAR. (*llamando.*) Petronila!

PET. (*saliendo.*) Aqui estoy.

MAR. Ayúdeme usted á aviar el burro y á cargar la carreta.

EMI. Mariana, usté pagará el gasto que haigamos hecho.

PET. Y cuando almuerza usted?

EMI. No tengo gana; déselo usté á un probe.

CAR. (*acercándose.*) Es usted generosa.

EMI. (*alejándose.*) A veces.

CAR. (*siguiéndola.*) Pero no conmigo.

EMI. Yo no le debo á usted nada, ni á usted ni á los otros soldados, ni al coronel, á quien acabo de ver montado en su caballo.

CAR. Que le ha parecido á usted?

EMI. Su caballo? Muy bonito.

CAR. Y él?

EMI. Vaya! El no es tan feo como usté decia. Usté le tiene rabia porque le ha arrestado.
CAR. Si no fuese mas que eso... pero él es causa de que usted me haya dejado tan pronto... y cuando yo tenia tantas cosas que decirla á usted.
EMI. (*alejándose.*) A mí? Usté siempre tiene gana de palique.
CAR. (*siguiéndola.*) Siempre.... y vá usted á decirme el nombre de su pueblo.
EMI. Quiá!
CAR. No hay quiá que valga.
EMI. Búsquelo usté.
CAR. Bien seguro estaria yo de encontrarlo, si me dejase usted cualquier cosa para llevársela.
EMI. A mí no se me pierde nada nunca.
CAR. (*quitándola un ramillete de flores silvestres que lleva al pecho.*) Ni este ramillete?
EMI. Atrevido! Bah! Haré otro por el camino cuando me vuelva
CAR. (*abrazándola.*) Ingrata!
EMI. Quite usted! (*aparece Estanislao con los lanceros.*)

ESCENA XIV.

Dichos, ESTANISLAO, CALISTO, *lanceros; por último* FEDERICO.

EST. Bravo!
EMI. Quite usté, ó le aruño!
LANCEROS. (*riéndose.*) Ah! Ah! Ah!
CAR. (*a ella.*) Dígame usted...
EST. Bribon, te dejamos con unos calzones, y te encontramos con unas faldas!
CAL. Oye, Petronila, con que asi cuidas...?
PET. (*empujándole.*) Anda, babieca.
CAL. Cáspita! Qué fuerza tiene!
MAR. Vamos, chica, ya está todo corriente.
EST. La chica se halla muy ocupada en recibir..... hum, hum.
MAR. El qué?
EST. (*abrazándola.*) Esto.
MAR. Bueno está!
EST. Yo lo creo que está bueno.
EMI. Vámonos pronto, Mariana. (*vase.*)
MAR. Vamos.
CAR. (*deteniendo á Mariana.*) Oye, hortelana, (*bajo.*) de qué pueblo eres?
MAR. Toma! de Badalona.
CAR. (*queriendo seguirla.*) De veras?
EST. (*poniéndose al paso.*) Alto ahí.
CAR. Déjeme usted correr...
EST. Alto ahì. Olvidas que estás arrestado?
CAR. (Diablo!) (*se vé retroceder á la carreta, y á Emilia y Mariana sentadas en ella.*)
LOR. Adios, buenas mozas, adios!
LANCEROS. Hasta la vista. (*Federico sale de la posada y se dirije á Carlos.*)
FED. (*ap. á Carlos.*) Con que vienes?
CAR. (*bajo.*) Silencio!
EMI. (*dando un latigazo.*) Arre, borrica!
LANCEROS. Adios, adios! Buen viage!
CAR. (Oh! Yo la encontraré!)
LANCEROS. Adios, adios!
(Estanislao y los soldados detienen á Carlos, que quiere seguir á Emilia: esta y Mariana devuelven sus saludos con la mano á los lanceros, riéndose á carcajadas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon elegante de una quinta: puerta en el fondo que sale à un parque; puertas laterales; en el ángulo izquierdo otra puerta que dá á una galeria.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, DOÑA LEONOR.

(Al levantar el telon, Emilia, sentada en un sillon, cerca de una mesita, hace un ramillete con las flores que hay en una canastilla. Doña Leonor está sentada en el otro estremo.)
LEO. Pardiez! Es una desgracia! Con que no veremos á la condesa?
EMI. No; mi pobre tia tiene la jaqueca, y asi yo sóla habré de hacer los honores de la fiesta que dá para celebrar mi llegada.
LEO. (*levantándose.*) Y su matrimonio de usted.
EMI. Mi matrimonio? Mucho adelanta usted las cosas. Vamos, ya se vá haciendo mi ramillete.
LEO. Le gustan á usted esas flores silvestres?
EMI. Infinito; me gusta todo lo que es natural.
LEO. Como mi hermano el coronel, á quien solo le agrada lo natural.
EMI. Vea usted; no hay nada mas lindo que estas amapolas, estas campanillas, estas margaritas, con un poco de romero y de tomillo. Yo prefiero las flores á las joyas
LEO. Mi hermano no puede ver los diamantes.
EMI. Quiere decir que si nos casamos no me los regalará.
LEO. Eso es distinto...
EMI. No crea usted que me importa.
LEO. Dice usted: «Si nos casamos...» Y yo creo que ya no hay duda.
EMI. Mi tia quiere que vuelva á casarme con un militar. yo, viuda de un abogado; y, quién sabe? Acaso por variar... Pero primero es menester que yo conozca á mi futuro... el cual no me parece mal. Tiene fisonomia franca y abierta; aspecto noble; maneja su caballo con gracia y destreza...
LEO. Le ha visto usted?
EMI. Al coronel? (*confusa.*) Qué idea! Dónde habia de haberle visto? Mi tia es quien me ha hecho su retrato
LEO. Y es muy exacto. A eso agregue usted todas las cualidades y las dotes del hombre de mundo. Baila y canta con un gusto...
EMI. Mejor; yo deliro por la música.
LEO. Como mi hermano. Esta noche le haremos cantar; y es tan amable, tan complaciente...
EMI. Es esa la opinion del regimiento?
LEO. Cómo! Se habrian atrevido...?
EMI. No; es una pregunta que la dirijo á usted.
LEO. Que se quejen, ya verán... pardiez!
EMI. (No puedo acostumbrarme á este soldado con faldas.)
LEO. Mi hermano tiene la aspereza del valor; y como es tan valiente...
EMI. Será de familia; porque usted misma, señora, es tan valiente tambien!
LEO. He sido casada dos veces, y las dos con militares á los que acompañé en sus campañas vestida de amazona. Me hallaba al lado del primero, cuando fue muerto por un faccioso, á quien dejé frio en el acto de un pistoletazo.
EMI. Eso es heróico... y horrible.
LEO. Con que cásese usted con el coronel, é irá usted tan segura de mi brazo como del suyo.

ESCENA II.

Dichas, MARIANA; *luego* FRANCISCO, *el* CORONEL *y* CALISTO.

EMI. (*á Mariana; que sale con un lio.*) Mariana, se vá usted?

MAR. Si señora; y me llevo lo que acaba de darme Luisa.

EMI. (*á Leonor.*) Es la jardinera de la quinta.

LEO. Adelante.

EMI. (*á Mariana.*) Dé usted las gracias á su prima en mi nombre, y entréguela mi regalo.

MAR. Muy bien.

FRAN. (*desde el fondo.*) El señor coronel Mendoza.

LEO. Ah! Mi hermano.

EMI. (*bajo á Mariana.*) Prudencia por Dios.

MAR. No hay cuidado.

LEO. Ven, Luis, ven. Qué tarde llegas!

COR. (*saludando á Emilia.*) Perdone usted, señora, que me haya hecho esperar; pero una maldita revista... (*Mariana, al salir por el fondo, se encuentra con Calisto, que sigue al coronel con un libro de música en la mano.*)

CAL. (*dando un grito.*) Jesus! (*deja caer el libro: Mariana se vá.*)

LEO. Qué es eso, torpe?

CAL. Dispense usted, mi comandanta.... es que... se me ha caido el libro. (*lo recoje.*)

EMI. (Cielos! Uno de los lanceros!)

COR. Deja el libro ahí y vete.

CAL. Bien, mi coronel. (Seria ella?)

COR. (*prosiguiendo, á Emilia.*) Una maldita revista me ha ocupado toda la mañana, y he tenido el sentimiento de no poder acompañar á Leonor.

EMI. No estaba usted enteramente ausente, coronel: esta señora me hablaba de usted.

COR. Mi hermana me quiere tanto!

LEO. (*bajo á él.*) Es preciosa, verdad?

FRAN. (*á media voz, á Emilia.*) Hay ya gente en el salon.

EMI. Que preparen la comida. (*vase Francisco.*)

CAL. Dónde pongo este libro?

EMI. Ahi, sobre la mesa.

CAL. (*reconociéndola.*) Cristo! (*vuelve á dejar caer el libro; Emilia le vuelve la espalda.*)

COR. Otra vez, majadero?

CAL. No es nada, mi coronel. Es que... se me ha caido el libro.

LEO. Recójelo...

CAL. Está bien, mi comandanta.

(Recoje el libro y lo pone sobre una mesa: despues, durante la escena, atreviesa el teatro por detrás de los otros personages, tratando de ver á Emilia.)

COR. Siento que la señora condesa no esté aqui para animarme un poco; ella le ha participado á usted mis deseos y mis esperanzas; pero franco y leal militar, no entiendo una palabra del vocabulario de los enamorados... se lo prevengo á usted.

EMI. (*sonriéndose.*) Tanto mejor, coronel. Ese es un título mas para agradarme, porque no me gustan tales simplezas.

LEO. Lo mismo que á mi hermano. No hay ningun simple en la familia.

(Calisto, detrás del coronel, se apoya en una silla para ver á Emilia; el coronel le dirige una mirada severa; él se vá entonces, diciendo:)

CAL. Si tendré telarañas en los ojos?

LEO. Por eso no vaya usted á suponer que Luis es un hotentote, segun usted cree.

COR. Yo?

EMI. Yo no he dicho tal.

LEO. Si por cierto; alguna habladuria del regimiento.

COR. (*sonriéndose.*) Conoce usted mi regimiento, señora?

EMI. No, coronel.

COR. Sé que me juzgan severo, duro, inexorable, y no lo siento, porque quiero restablecer la disciplina que mi predecesor habia descuidado mucho. Esperaban un coronel de azúcar candi que hubiese seguido sus huellas, y se encuentran con un hombre que vá á meter en cintura á los descontentos; de aqui los odios, las murmuraciones, que, segun veo, han llegado hasta usted.

LEO. Por qué no arrestas á todos los habladores?

EMI. Qué terrible es usted... (*riéndose.*) mi comandanta!

LEO. Todo se necesita con los militares.

COR. El dia que usted entre en nuestro cuartel suspenderé todos los castigos.

LEO. Es decir, el dia de la boda.

EMI. Yo tambien tengo un poco de miedo á la disciplina.

COR. Señora, en el matrimonio usted será el coronel.

LEO. Yo mando en su casa...

COR. Tengo, es verdad, mis prontos, mis ratos de mal humor...

LEO. No lo crea usted; es lo mismo que un cordero.

COR. Trataré de serlo.

LEO. Lo eres, lo eres, con mil pares de cañones! Y si viese usted qué amable es! Me acompaña á todos los bailes; y cuando no salimos, canta ó toca el piano para distraerme.

COR. Si, soy algo músico.

LEO. Algo? Es un artista eminente.

FRAN. (*apareciendo.*) La comida está en la mesa.

EMI. Vamos allá.

LEO. (*bajo al coronel.*) Sé un poco mas amable.

COR. (*id.*) Yo nunca seré un Adonis.

EMI. Coronel, deme usted el brazo.

LEO. (*bajo.*) Anda.

COR. (*id.*) Tú tienes la culpa. (*dando el brazo á Emilia.*) Señora...

EMI. Pase usted, mi comandanta.

LEO. Ustedes delante... ustedes delante.

(El Coronel y Emilia se van por la galeria: doña Leonor les sigue con las manos atrás. Calisto reaparece y los mira alejarse.)

ESCENA III.

FRANCISCO, CALISTO; *luego* FEDERICO.

FRAN. (*enjugando el velador, despues de haber puesto sobre la mesa la canastilla de las flores*) Despachemos.

CAL. (Es particular! Ahora tan maja!)

FRAN. (*colocando el velador mas afuera.*) Aqui se servirá el café.

CAL. Psit! Psit! Criado!

FRAN. Hola! Eres tú! Y cómo no estás en la cocina?

CAL. Primero tengo que llevar mi penco á la caballeriza.

FRAN. Qué es penco?

CAL. Estás adelantado! Con que á tu edad no sabes lo que es el penco de un lancero? Tonto! Es su caballo.

FRAN. Toma! Y por qué llamais á los caballos asi?

CAL. Por qué? Con que por lo visto no sabes nada? Se los llama asi, porque siempre se los ha llamado asi desde que hay caballeria. Ya sabes por qué se los llama asi.

FRAN. Bueno, bueno: quiere decir que yo lo ignoraba.

CAL. Pues bien sabido es.

FRAN. La cuadra está entrando á la derecha.

CAL. Bueno. Dime... esa señora que estaba aqui... con mi coronel... eres tú su asistente?

FRAN. Su asistente?

CAL. Quiero decir, su criado: es otra palabra del regimiento; parece imposible que tampoco sepas eso á tu edad. Dime, no es una lugareña esa señora?

FRAN. Ah! Ah! Ah! Una lugareña! Y es la sobrina de la condesa! Ah! Ah! Ah!

CAL. (*riéndose como el otro.*) Ah! Ah! Ah! (*poniéndose sério.*) Y entonces, aquella otra que salia cuando yo entraba, es una señorona?

FRAN. Aquella? Si es la jardinera! Ah! Ah! Ah!

CAL. (*riéndose.*) Ah! Ah! Ah! (*sério.*) Bien, bien, pero la otra... (*marchándose.*) Es que soy un majadero.

FRAN. Vé á buscar tu penco. (*Federico sale por el fondo y se encuentra de cara con Calisto.*)

FED. Francisco!

CAL. (*reconociéndole.*) Oh!

FED. (*ap. viendo á Calisto.*) Un lancero!

FRAN. Mande usted?

CAL. (*ap. al marcharse.*) No hay remedio: yo veo hoy visiones.

FED. Y esas señoras?

FRAN. En la mesa. No le han esperado á usted, porque como dijo que no vendria á comer... Sin embargo, si usted gusta...

FED. No, gracias, gracias. (*Francisco se vá por la galeria. Carlos aparece en el fondo, vestido de paisano con elegancia.*)

ESCENA IV.

CARLOS, FEDERICO.

FED. De dónde demonios habrá salido ese lancero?

CAR. (*desde el fondo.*) Estás solo?

FED. Estan comiendo, entra; luego te presentaré.

CAR. Es particular! Me parece que me encuentro fuera de mi sitio en un salon; lo mismo que este trage... me siento incómodo y atado con él.

FED. Y sin embargo, no lo llevas mal.

CAR. De veras? No importa: me dan ganas de echar á correr.

FED. Eso no; y yo no te dejaré escapar. Vas á ser el rey de la fiesta, y verás cómo te vienen otras ideas...

CAR. Cuando pienso que el pobre sargento se espone á perder sus galones por haberme dejado hacer esta escapatoria!

FED. Bah! Quién ha de saberlo? Para mayor precaucion, en el regimiento te llamas Carlos Perez á secas, y aqui don Carlos de Guzman.

CAR. Eso es dividir mi apellido.

FED. Pues bien, con ese nombre te presentaré.

CAR. (*sentándose.*) Como quieras. Cáspita! Mejor se está en este sillon que en los bancos pelados del cuartel. Ahora recuerdo mis dias de lujo y de pereza!

FED. Si; eso se recuerda con gusto.

CAR. Chico, te prevengo que me escaparé temprano... para recorrer el pueblo antes de volver al cuartel; tengo que restituir un ramillete y un abrazo.

FED. Aun piensas en aquella lugareña?

CAR. Que si pienso? Toma! Las lugareñas cuando son bonitas deben ser las princesas del soldado, y yo, sobre todo, que aborrezco á las cocineras, y á quien infunden miedo las señoras....

FED. Ingrato!

ESCENA V.

Dichos, EMILIA; *luego* FRANCISCO.

EMI. (*dentro, en la galeria.*) Si, si: el café. (*saliendo.*) Dónde habré puesto yo mi ramillete?

FED. (*acercándose á ella.*) Señora...

EMI. Hola, Federico, con que nos ha abandonado usted hoy?

CAR. (*ap. reconociéndola.*) Cielos! No me equivoco!

FED. Perdone usted; me detuvo un amigo...

EMI. (*ap. mirando á Carlos.*) Dios mio! Esa cara...

FED. Presento á usted mi amigo Guzman, que ha llegado de Madrid esta mañana misma. (*Carlos saluda.*)

EMI. Celebro mucho conocer á este caballero. (*Francisco saca el café en una bandeja y lo pone sobre el velador.*)

CAR. (No es posible una semejanza igual!)

EMI. Con que vino usted de Madrid?

FED. Si señora; en el correo.

EMI. (*bajo á Federico.*) Está usted bien seguro?

FED. (*sorprendido.*) Cómo!

CAR. Dispense usted, señora, una libertad de que tiene toda la culpa Federico.

EMI. Quisiera que nuestro baile no le hiciese á usted echar de menos los de Madrid; pero...

CAR. Estoy seguro de no echar de menos nada. (*bajo á Federico.*) Dime, no se disfraza nunca esta muger?

FED. Estás loco? (Qué diantre tendrán los dos?)

CAR. (Es su misma voz!)

EMI. (Es su voz misma!)

FED. (No puedo comprender...)

ESCENA VI.

Dichos, DOÑA LEONOR, *el* CORONEL, *convidados.*

LEO. Dónde se mete usted, querida? Se nos ha escapado usted.

EMI. Estaba dando órden de que nos sirviesen el café, que ya está aqui. (*á Francisco.*) Sírvalo usted. (*Francisco presenta la bandeja con las tazas á los presentes.*)

CAR. (*á Federico, bajo.*) Chico, la hermana de mi coronel.

FED. (*id.*) Qué te importa?

COR. (*sale por la galeria con otros dos convidados.*) Si, son magníficas esas armas.

CAR. (*bajo á Federico.*) Ah! Es mi coronel en persona!

FED. (*id.*) Qué dices?

COR. Magníficas, magníficas.

EMI. (*á Francisco.*) Sirva usted al señor coronel. (*este se aproxima al velador: Emilia á Carlos, á quien observa.*) Este caballero es el coronel de los lanceros....

CAR. Aaah!

EMI. Que estan de guarnicion en Barcelona.

FED. Hola! Con que los lanceros estan en Barcelona?

CAR. Es buen mozo.

EMI. (No se ha inmutado.) (*se vuelve hácia el velador.*)

CAR. (Cualquiera creeria que me ha reconocido!)

FED. (*ap. á él.*) Somos perdidos si te vé.

CAR. Por fortuna me verá por primera vez ahora. (*todos toman café, unos sentados y otros en pié.*)

EMI. (*señalando á Carlos y Federico.*) Sirva usted á esos señores.

CAR. Mil gracias, señora; lo he tomado antes de venir.

FED. Yo tomaré un poco de licor.

COR. (*á Emilia.*) Amiga mia, la señora condesa tiene en esa galeria magníficas armas.

EMI. Mi tio, que era coronel tambien, formaba un pequeño museo...

FED. Que yo he examinado con sumo gusto.

COR. Hola! Es usted aficionado?

EMI. Este caballero es artista, pintor muy distinguido... (*observando á Carlos.*) como su amigo sin duda.

CAR. Yo, señora, soy muy ignorante.

COR. (*tendiendo la mano á Federico.*) Deme usted esos cinco, amigo; me gusta muchísimo la pintura.

LEO. Mi hermano hace cuadritos preciosos, preciosos.

CAR. (Apuesto á que es un pintamonas.)

LEO. (*levantándose.*) Porque mi hermano tiene muchas habilidades.

COR. Bah! Pasatiempos de guarnicion. Ya me dará usted algun consejo. (*á Federico.*)

FED. Con tanto mas gusto, coronel, cuanto que tambien tengo un favor que pedir á usted.

COR. Cuál favor?

FED. El de ayudarme á obtener la licencia absoluta de un soldado de su regimiento de usted.

CAR. (Qué dice?)

COR. Cómo se llama?

FED. Carlos Perez.

COR. (*como recordando.*) Perez!...

EMI. (*á Carlos.*) Siéntese usted... siéntese usted, señor de...

CAR. Guzman, señora. (*mira la canastilla de las flores.*)

EMI. Ah! Si, señor de Guzman. (No es él!)

COR. Perez? Ya me acuerdo; uno que ha faltado á la revista esta mañana. Un mentecato.

CAR. (*vivamente.*) Eh?

EMI. (*mirándole.*) A la revista?

CAR. (*cojiendo una margarita.*) Qué bonita flor!

FED. No, no; es un muchacho muy apreciable.

COR. Si, lo que nosotros llamamos un soldado voluntario; un mala cabeza, á quien sus padres ponen en un regimiento á ver si sienta.

CAR. (Habrá pedante!)

FED. (*bajo á Carlos.*) No hagas caso.

CAR. (*bajo.*) Qué necesidad tenias de hablar de mi?

FED. Creia hacer bien...

CAR. (*viendo que Emilia se ha acercado, la presenta la canastilla de flores para disimular.*) Ah! Quiere usted una flor?

EMI. Deme usted una campanilla.

FED. Muy severo es usted, coronel.

COR. Severo, severo...

LEO. (*sentada entre otras dos señoras.*) Al contrario, mi hermano es muy indulgente. Pero yo soy lo mismo que él; no me gustan esos soldados voluntarios, esos calaverones, que estan casi siempre ridículos de uniforme.

CAR. (Mire usted la vieja loca!) (*á Emilia, que le enseña una flor.*) Si, es preciosa!

FED. (*á doña Leonor.*) Señora...

COR. Son soldaditos de parada, que continuan en los cafés sus hábitos de disipacion, que pasan el tiempo fumando, ó persiguiendo á las criadas y á las lugareñas, cuando no estan arrestados.

CAR. (*con una cortesia afectada.*) Caballero, no se puede exigir de un pobre soldado los modales ni el buen tono de su coronel.

COR. (*bruscamente.*) Qué dice usted, amigo?

EMI. (Ah! El es!)

FED. Guzman tiene razon, coronel; pero veo que no auxiliará usted á mi protegido, y que su licencia...

COR. No respondo de nada. Seria ademas hacer un mal regalo á su familia, y es menester enseñar á esos señoritos mal criados, que un uniforme militar no es un disfraz carnavalesco, que se toma y se deja cuando acomoda.

CAR. (*á Federico.*) Si no fuese mi coronel...

FED. (*á Carlos.*) Si, pero como lo es... silencio!

EMI. (*al coronel.*) Coronel, estoy segura de que es usted mejor de lo que aparenta.

COR. (*cambiando de tono.*) Yo, señora?

LEO. (*levantándose.*) Mi hermano? Si mi hermano es un ángel! Y qué, no habrá un poquito de música?

EMI. No hay inconveniente, mientras llegan los bailarines. Yo acompañaré... Quiere usted cantar, amiga mia?

LEO. Yo tengo la voz de una carraca; pero mi hermano.... mi hermano canta con un gusto... es un Ronconi.

COR. (*bajo á ella.*) Vamos, quieres hacer creer que soy un ruiseñor?

LEO. Por qué no? (*alto.*) Ademas, es tan complaciente...

CAR. Por lo visto el coronel tiene todas las cualidades y todos los talentos.

COR. (Me encocora este mocito.)

CAR. Aunque se me figura que á pesar de su amabilidad no se prestará fácilmente á cantar en público. Un militar cantando árias italianas, me produce el mismo efecto que un hombre bordando en cañamazo, ó una muger mandando el ejercicio. (Chúpate esa.)

LEO. (*muy furiosa.*) Caballerito...

COR. Señor mio...

FED. (*bajo á él.*) Por Dios, Carlos!....

CAR. (*id.*) Me debe un desquite, y lo he de tomar.

EMI. (Qué agitado está!)

LEO. Caballerito, quién le dá á usted vela en este entierro?

CAR. Señora, ni esto es un entierro, ni yo pido vela ninguna; el coronel tiene demasiada sensatez, demasiado criterio, demasiado buen juicio, para no asociarse á mis ideas y á mis palabras. No es verdad, coronel?

COR. Eh?

LEO. (Groserote.)

CAR. (*á Federico.*) Me la pagó.

LEO. No hagas caso de tonterias, y canta.

COR. Quieres dejarme en paz?

CAR. Mil gracias, coronel; su deferencia de usted á mis razones...

COR. Con que cree usted que no canto por lo que me ha dicho? Pues ahora es cuando voy á cantar.

CAR. Está usted en su derecho.

TODOS. Si, cante usted, coronel.

LEO. Me alegro en el alma.

COR. (*muy furioso, á Emilia.*) Señora, tendrá usted la bondad de acompañarme en el piano?

EMI. Con muchísimo gusto. (*abre el piano y se sienta á él.*) Qué quiere usted cantar?

CAR. (Anda, métete otra vez con los señoritos mal criados.) (*se sienta cerca del piano.*)

LEO. (*buscando en el libro de música que sacó Calisto.*) Luisito, canta esta romanza, que es preciosa, y que está muy bien para tu voz.

COR. Bueno. Si usted, señora, la sabe...

EMI. (*preludiando.*) Si, si, la sé. Comencemos.

COR. Comencemos. (*canta militarmente.*)

No olvides nunca el tiempo
de amor y de alegria,
que cual sereno dia...

(*se detiene.*) Perdone usted.... creo que el acompañamiento vá demasiado lento...

LEO. Es verdad! Yo lo habia notado.

CAR. Al revés; el señor es el que vá demasiado deprisa.

COR. (*dirigiéndole una mirada terrible.*) Cómo?

EMI. Pues volvamos á empezar.

FED. (*á Carlos.*) Cállate, demonio.

COR. (*volviendo á cantar muy desafinado.*)

No olvides nunca el tiempo
de amor y de alegria,
que cual sereno dia
tan rápido pasó:
pues yo borrar no puedo
la imágen adorada,
que llevará grabada
por siempre el corazon.

LEO. (*mientras canta.*) Bravo, bravo, bravísimo!

CAR. Ay, ay, ay!

COR. Qué es eso?

CAR. Nada.

COR. (*repitiendo el final.*)
Que llevará grabada
por siempre el corazon.
CAR. (*durante este final, á doña Leonor, que se inclina hácia él, y que está al otro estremo de la escena.*) Es que el piano vá por un lado y la voz por otro.
LEO. No tal, no tal.
COR. (*al concluir, á Carlos.*) Es la armonia...
CAR. Al contrario; es la falta de armonia. Sino que lo diga la señora.
EMI. (*acabando el ritornelo en el piano.*) Sin duda lo llevaba yo muy lentamente.
CAR. Repito que el señor es el que iba demasiado deprisa.
COR. No lo creo;
CAR. Si, si.
COR. No, vive Dios!
LEO. A mi no me parece...
FED. (*ap. á Carlos.*) Carlos, por todos los santos!
CAR. (*id.*) Deja, deja.
EMI. Coronel, la segunda estrofa.
LEO. Y TODOS. Si, si; la segunda estrofa.
COR. (*muy picado.*) Me alegraria de que este caballerito la ejecutára primero para enseñarme.
EMI. Si no canta!
CAR. Nosotros los señóritos bien criados, sabemos un poco de todo; pero despues del coronel...
COR. Veamos, veamos.
CAR. (*levantándose.*) Una vez que usted se empeña, si esta señora lo permite...
EMI. Por complacer al coronel...
COR. Seguramente.
LEO. Apuesto á que canta como un grajo,
FED. (Hará una diablura!)
EMI. (*preludiando.*) Vá muy de prisa?
CAR. No, perfectamente. No es verdad, coronel?
COR. Adelante, adelante.
CAR. (*cantando.*)
De ti, mientras aliente
el triste pecho mio,
esclavo el alvedrio
eterno ha de vivir;
LEO. (*á su hermano, mientras canta.*) Qué voz de marica!
CAR. (*continuando.*)
Y el nombre idolatrado
de la que amé constante,
con labio delirante
pronunciaré al morir.
COR. (*á media voz á su hermana.*) Si; es voz de contralto.
TODOS. (*aplaudiendo.*) Muy bien! Muy bien!
COR. (*irónicamente.*) Si; muy bien! Bravo! (*á doña Leonor.*) Quién es ese mequetrefe?
LEO. Un madrileño.
COR. Ya me lo figuraba yo. Estos lechuguinos me cargan soberanamente.
CAR. Coronel, con que ha desertado usted?
COR. Yo? (*furioso.*)
LEO. Mi hermano?
FED. (*á Carlos.*) Mira que está furioso!
CAR. (*id.*) Mejor. (*se oye la música dentro.*)
EMI. Señores, ya suena la música en el jardin; porque este es un baile semi-campestre.
FED. Son los mas agradables.
TODOS. Si, si.
COR. (Si habrá querido darme una leccion?)
LEO. (*al coronel.*) Vamos, Luis, haz la corte á tu futura.
EMI. (*á Carlos, en el otro lado.*) Señor de... Señor de...
CAR. Guzman, señora.
EMI. Siempre lo olvido. Por qué ha enfadado usted al pobre coronel?
CAR. Si tiene tan buen genio!
EMI. Habla usted de él como si perteneciese á su regimiento.
CAR. Por fortuna no pertenezco.
LEO. (*al coronel.*) Sácala para el primer rigodon; corre.
COR. Voy allá, voy allá.
EMI. (*á Carlos.*) Sin embargo, tengo que pedirle á usted un favor.
CAR. Hable usted.
COR. (*á Emilia.*) Amiga, querrá usted bailar conmigo el primer rigodon?
EMI. Coronel...
CAR. Esta señora acaba de prometérmelo á mi.
LEO. Ah!
COR. (*tosiendo con rabia.*) Hum! hum!
EMI. En efecto, acabo... ciertamente. (No es corto de genio el niño!)
CAR. Pero si usted tiene la bondad de hacerme *vis á vis*...
COR. Y qué significa eso?
CAR. Ah! Es verdad! Un militar no podia saber el estilo cortesano. Hacer *vis á vis* quiere decir bailar en frente de nosotros.
COR. Por bailar en frente de esa señora, pasaré por cosas que...
CAR. Gracias. (Está fuera de si.)
EMI. Señores, vamos al salon.
CAR. Doy á usted mil gracias, coronel, por bailar en frente de mi.
COR. Pretenderia usted darme otra nueva leccion? Pues le advierto á usted que no las admito. (Quisiera tener un choque con ese mequetrefe para escarmentarle.) (*Emilia, doña Leonor y los convidados se van por la derecha, el coronel los sigue.*)
FED. (*á Carlos.*) Pero estás endemoniado, hombre?
CAR. (*riéndose.*) Ah, ah, ah!
COR. (*volviendo la cabeza desde la puerta.*) Eh?
FED. Cómo, coronel?
COR. No, creí que me llamaban ustedes. (Habrá impertinente!) (*vase con impaciencia.*)

ESCENA VII.

CARLOS, FEDERICO, FRANCISCO, CALISTO, *despues* EMILIA.

CAR. (*riéndose.*) Ya están vengados los calaverones!
FED. Comprendo su ira. El que venia aqui para hacerse admirar!
CAR. Pues ya no es posible. Y qué me dices del sargenton de su hermana?
FED. Como quiere casarse...
CAR. Quién?
FED. El coronel con la viuda.
CAR. Con esa señora tan linda?
FED. Si, con la sobrina de la condesa.
CAR. Con mi preciosa lugareña?
FED. Qué dices? Tu lugareña?
CAR. No, no; digo que se parece tanto, que cualquiera se equivocaria. Pero no se casará con el coronel.
FED. La lugareña?
CAR. No... esto es... Necesito hablarla sin remedio.
FED. A Emilia?
CAR. Necesito recordarla... (*Francisco y Calisto salen por el fondo y arreglan las sillas.*)
FED. Acaso te conoce?
CAR. No lo creo... al menos no lo aparentaba.
FRAN. (*llevándose la bandeja del café.*) Quieres ayudarme, militar?

CAL. Con mucho gusto, paisano.
FED. (Se habrá enamorado por ventura? Ojalá!)
CAR. Ven: la he sacado á bailar. (*va á entrarse y se encuentra de frente con Calisto.*)
CAL. Me llevo esto? Ah!
FED. (El lanero!)
CAL. (*frotándose los ojos muy fuerte.*) No hay remedio; yo veo hoy visiones.
CAR. (Calisto!) Qué es eso? Qué hay? (*con firmeza.*)
CAL. Dispense V. S. Con que V. S. no es tú?
FRAN. Estás loco?
CAR. No hay duda; está loco! (*vase.*)
CAL. Ah!
FRAN. De remate.
CAL. Pero...
FED. Loco... de atar. (*sigue á Carlos.*)
CAL. Jesus, cómo se parece! Jesus, cómo se parece! (*santiguándose.*)
FRAN. Déjame con tus parecidos! No sueñas con otra cosa. A ti te falta algo. (*señalando á la cabeza.*)
CAL. En los ojos... es claro. Figúrate que es un ricote... hijo de un tendero...
FRAN. (*riéndose.*) Quién? Ese señor? Ah, ah, ah!
CAL. No, el otro, el lanero.
FRAN. (*riéndose.*)Está tocado! Oye: llévate esa bandeja y despues pondremos una mesa de juego ahi.
CAL. Bueno. (*Emilia sale por el fondo como buscando algo.*) No importa; yo quisiera ver á ese paisano de uniforme.
EMI. Dónde estará mi ramillete?
CAL. Tambien á esta quisiera verla yo de uniforme...
FRAN. Vienes?
CAL. Allá voy. (*mirándola.*) De uniforme de lugareña. (*vase con Francisco.*)

ESCENA VIII.

EMILIA, CARLOS.

EMI. (*buscando.*) Creia haberlo dejado aqui.
CAR. (*saliendo.*) Dónde estará mi pareja? (*viéndola.*) Ella es!
EMI. Es él!
CAR. (Quisiera obligarla á que se descubriese... sin descubrirme yo.)
EMI. (*ap. haciendo que busca música*) Sin embargo, yo no puedo preguntarle si es él quien me abrazó.
CAR. Señora...
EMI. Ah! No le habia visto á usted.
CAR. Perdone usted.
EMI. No hay de qué, y me alegro de que haya usted venido, para rogarle que no atormente al pobre coronel.
CAR. Comprendo ese interés, si es cierto que usted le ama... y que es su futuro de usted.
EMI. Yo, por mi parte, le absuelvo á usted, pero él está muy irritado.
CAR. Lo creo. Se irrita fácilmente; y es tan seco, tan arrebatado, tan...
EMI. Veo que no le es á usted simpático.
CAR. No le puedo sufrir.
EMI. (*vivamente.*) Ah! Con que le conocia usted?
CAR. (*reprimiéndose.*) Yo? Es decir... conozco á alguno de su regimiento.
EMI. (*con malicia.*) Tiene usted alli un hermano?
CAR. Un hermano?
EMI. Se le parece á usted tanto!...
CAR. Quién, señora?
EMI. Un soldado que hay alli.
CAR. Le conoce usted? (*vivamente.*)
EMI. (*id.*) Si... le vi en el teatro... en Barcelona. Estaba en el patio con algunos compañeros suyos...
CAR. Ese soldado no era digno de compasion si usted se dignó fijar sus miradas en él!
EMI. Caballero... Pero cómo ha de tener usted alli un hermano, señor de Guzman, á menos que no sea, como decian antes, un mala cabeza, un calaveron que haya sentado plaza?
CAR. Yo daria á usted un millon de gracias, si tuviese ese hermano. (Ella es.)
EMI. La semejanza es tan singular...
CAR. Hay ejemplos de eso; y yo mismo, cuando me presentaron á usted... no advirtió usted mi sorpresa, mi emocion....?
EMI. Ah! Estaba usted conmovido?
CAR. Sus facciones de usted me recordaron á cierta lugareña lindísima que se me apareció un dia.
EMI. (*sonriendo.*) En el teatro quizás?
CAR. No, creo que no. Tenia la misma estatura que usted; su sonrisa tan graciosa; sus miradas tan dulces, y hasta... le costará á usted trabajo darme crédito... hasta su misma voz de usted. No la ví mas que un momento...
EMI Un momento? Y se le quedó á usted todo tan presente?
CAR. Es que hay recuerdos que se graban pronto en un corazon, y que nada puede borrar. Su imágen ha quedado aqui, é impaciente de volverla á ver...
EMI. Piensa usted hallarla en todas partes.
CAR. No tal.
EMI. Si tal, puesto que la vé usted en mi.
CAR. Tambien usted cree ver en mi á aquel lanero que solo vió un instante.
EMI. Es verdad. Si al menos me jurase usted que me equivoqué al tomarle por un soldado... Pero se calla usted, y en ese caso, ¿por qué han de ser francas las lugareñas cuando no lo son los militares?
CAR. Con que confiesa usted?...
EMI. No se trata de mi; sino de usted.
CAR. Decirla á usted lo que supone, no seria perderme, señora? Porque no me atrevo á creer que guarde usted en el fondo del alma un recuerdo tan dulce para mi. Y debo decirla á usted, que es amada la hermosa lugareña, sino es correspondido el pobre soldado?
EMI. Caballero...
CAR. Ademas, si tiene usted de los malas cabezas enviados á los regimientos la opinion de... de su futuro esposo, no me perdonaria usted haberme presentado en su casa, y arrojaria de ella al miserable que se atreve á amarla...
EMI. Eso no es lo que yo le pregunto á usted.
CAR. Y que á riesgo de perderse disputaria á su coronel...
EMI. Gran Dios! Oh! No es usted... No... no es usted! Adios! (*viendo al coronel.*) Ah!

ESCENA IX.

Dichos, el CORONEL.

COR. Señora, el rigodon toca á su término y yo todavia estoy esperando *un vis á vis*. Comprendo que se me haya olvidado. (*mira con cólera á Carlos.*)
CAR. No, coronel, al contrario.
EMI. En efecto, el señor venia á recordarme mi promesa; pero yo estaba buscando mi ramillete...
COR. Un ramillete de flores silvestres?
EMI. Que yo misma hice, y que he perdido por mas señas.
COR. Acabo de recoger uno del suelo, y lo he dejado ahi, sobre una mesa de juego. (*va á buscarlo en la galeria. Carlos saca de debajo de su chaleco el ramillete que quitó en el acto primero á Emilia y se lo dá.*)
EMI. (*titubeando.*) Caballero...
CAR. La buscaba á usted para devolvérselo.

COR. (*trayendo el otro ramillete.*) No es este?
CAR. No, coronel; yo lo he encontrado antes aqui.
EMI. (*tomando rápidamente el ramillete de Carlos.*) Si; este es.
COR. Es muy singular. Yo lo he encontrado ahi...
CAR. (*sonriéndose.*) Será de alguna lugareña.
COR. (*tirando el ramillete con despecho.*) Señor mio...
CAR. (*sonriéndose.*) Hay lugareñas muy bonitas en Cataluña.
COR. Pues se las cedo á usted.
CAR. (*riéndose mas fuerte.*) Gracias. (Tengamos prudencia!)
COR. (Creo que no podré aguardar hasta mañana para castigar á este impertinente!)
EMI. Coronel, perdone usted mi falta. En cambio del *vis á vis*, bailaré con usted lo que guste... un rigodon... una polka. (Dios mio! Estoy temblando! Va á haber un lance entre ellos.) (*aparecen dos señoras en la puerta del salon; Emilia las vé.*) Baronesa, Amalia, soy con ustedes. Con que, coronel, el primer rigodon es nuestro. Hasta despues. Vamos. (*vanse las tres.*)

ESCENA X.

El CORONEL, CARLOS.

CAR. (*queriendo seguirlas.*) Y ahora, yo le haré á usted *vis á vis*. (*al coronel.*)
COR. Usted? Y sepamos, señorito, va á durar mucho tiempo ese tonillo burlon?
CAR. (*volviendo atrás.*) Qué dice usted, coronel?
COR. Pues le advierto á usted que tengo poca paciencia.
CAR. Mal hecho; la paciencia es una cosa escelente..... dígalo sino Job.
COR. Para los que no tienen otro valor que ese, no digo lo contrario.
CAR. Se enfada usted, coronel?
COR. Yo no tolero que me falten á una palabra; usted me ha prometido hacerme *vis á vis*... no se dice asi?
CAR. (*sonriéndose.*) Andaba buscando el ramillete de mi pareja; dispénseme usted.
COR. No, caballerito, no dispenso: y le aconsejo á usted, ya que ha estudiado tantas cosas, que repase un poco el manual de la buena educacion.
CAR. Me prestará usted su ejemplar.
COR. Haré aun mas: le daré á usted una leccion en cambio de las que he recibido suyas.
CAR. Oh! Aquello no vale la pena. (No hay duda, quiere camorra.)
COR. Si, si: se la prometo á usted, y yo cumplo todas mis promesas. No tengo costumbre de hacer groserias á las gentes para pedir que me las perdonen despues. Ese es sistema que no me agrada.
CAR. Veo que ni las bromas tampoco.
COR. Y los que la echan de graciosos todavia menos.
CAR. Eh?..
COR. Cómo?
CAR. (Diablo! Es mi coronel!)
COR. Además, aqui para entre nosotros, le aviso á usted una cosa, rogándole que no la olvide. Yo amo á Emilia...
CAR. Y ella, le ama á usted?
COR. Recibe mis obsequios; y no permitiré que se los tribute... el primer advenedizo.
CAR. El primer advenedizo será usted. (*vivamente.*)
COR. (*furioso.*) Señor mio!
CAR. (*reprimiéndose.*) Es claro, usted llegó antes que yo.
COR. (*con tono amenazador.*) En buen hora; pero cuando tomo una posicion, la defiendo; y exijo que cese usted...
CAR. En este punto, coronel, conoce usted demasiado el manual de la galanteria, para ignorar que en un baile no se reciben órdenes sino de las damas.
COR. Pues usted empezará por recibir las mias.
CAR. No señor.
COR. Yo digo que si.
CAR. Y yo repito que no.
COR. Si, si, con mil pares de cañones, ó sino... (*se miran con cólera.*)

ESCENA XI.

Dichos, FEDERICO *con otros dos caballeros, despues* DOÑA LEONOR.

FED. Si, señores... por aqui, por aqui. Ah! coronel!
COR. (*bruscamente.*) Qué hay?
FED. Estaba usted hablando con Guzman?
CAR. Si, hablábamos como amigos...
COR. Intimos... Hum!
FED. (*observándolos.*) En ese caso, no se negarán ustedes á tomar parte en una partida de ecarté que Emilia me encarga organice. (*uno de los dos caballeros les presenta las cartas.*)
CAR. Cuando quieras.
FED. Y usted, coronel?
COR. Bien... aunque no entiendo mucho de cartas. No es esa mi arma acostumbrada.
FED. Pues no tenemos otras aqui.
COR. Sin embargo, yo las he visto muy buenas, alli, en la galeria... sobre todo, dos espadas magníficas, que tendria gusto en probar.
CAR. Yo tengo mas gusto en jugar á *l' ecarté.*
FED. Es menos peligroso.
COR. Eso vá en temperamentos.
CAR. Coronel, teme usted que le ganemos el dinero?
COR. Eso es bueno para los que no tienen otra cosa que perder.
LEO. (*desde la puerta.*) Hermano, te buscaba.
FED. Vamos, señores. (*pasando con ellos á la galeria.*) Por qué diablos te diviertes en pincharle? (*á Carlos.*) Emilia está muy asustada, pues sabe quién eres.
CAR. Toma! No ha de saberlo mi lugareña?
FED. Qué dices?
LEO. (*al coronel.*) Emilia me ha hablado de tí con un interés! Supongo que estarás contento...
COR. Si... si... muy contento... muy contento! (*separándose de ella.*)
LEO. (*sentándose y abanicándose.*) Segura estaba yo.
FED. (*al coronel.*) Coronel, le recomiendo á usted el reemplazo de mi protejido.
COR. Ah! De aquel belitre que no sale de un arresto sino para entrar en otro?
CAR. Señor mio, cómo... (*el coronel le mira y se acerca á él.*) Cómo voy á ganarle á usted el dinero! (*cambiando de tono.*)
COR. Eso lo veremos. (*á Federico.*) Amigo, no le prometo á usted nada. (*á Carlos.*) Pase usted! (*pasa él primero.*)
CAR. (*riéndose.*) Mil gracias! Qué fino es! (*á Federico.*) Es un mastin! (*se acerca al coronel en la galeria; todos rodean la mesa de juego.*)
FED. (*ap. volviendo al proscenio.*) Si, es muy brusco.
LEO. Quién, mi hermano?
FED. (*cortado.*) Perdone usted, señora... no la habia visto á usted.
LEO. Es severo; efectivamente, es muy severo. Pero haga usted que le pida ese favor la viudita.
FED. Emilia?
LEO. A ella no la niega nada. (*risa en la mesa de juego.*)

ESCENA XII.

Dichos, EMILIA, *luego* FRANCISCO.

EMI. Dónde están? (*á Federico.*)
FED. Allí jugando juntos.
LEO. Venga usted, querida. De usted estaba hablando. (*se levanta.*)
EMI. De mí?
LEO. Decia al señor, que mi hermano no le negará á usted una gracia... (*á media voz.*) con su cuenta y razon.
FED. Si; hable usted en favor de aquel pobre soldado...
EMI. Lo haré despues del wals que oigo empezar...
LEO. Ah! Y yo estoy comprometida! Voy á buscar mi pareja. Viene usted, Emilia? (*vase.*)
EMI. Allá voy... si gusta la mia. (*tendiendo la mano á Federico.*)
FED. Señora...
EMI. Quedémonos aquí.
FED. Cómo?
EMI. Su amigo de usted es un imprudente con sus bromas, que el coronel parecia muy poco dispuesto á tolerar.
CAR. (*desde la galeria.*) He desbancado al coronel.
EMI. Qué tal! Lo oye usted?
FED. Tranquilícese usted; le he hablado de su parte. Pero dónde la vió á usted por primera vez? No ha sido aquí, y él me ha hablado de cierta lugareña...
EMI. Dejemos la lugareña, y respóndame usted. Cómo es que un soldado que deberia estar en su cuartel, y arrestado segun creo, se halla aquí?
FED. Gracias á la amistad, á la gratitud de su sargento primero...
EMI. Estanislao?
FED. (*atónito.*) Le conoce usted?
EMI. No, no. Y qué imprudencia! Esponerse á ser reconocido por su coronel!
FED. Quién habia de esperar este encuentro? Por fortuna no le habia visto jamás, y no le volverá á ver antes de que yo haya obtenido permiso para poner un sustituto.
EMI. Con que quiere abandonar el servicio?
FED. Trato de decidirle. Usted me ayudará, señora, porque solo depende de usted si él la ama.
EMI. Si me ama á mí?
FED. Si usted le ama á él.
EMI. Caballero...
FED. Ah! Déjeme usted creerlo!
EMI. No!
FED. Siquiera para hacer su felicidad, la mia!
EMI. La de usted? (*carcajada de Cárlos en la galeria.*)
COR. (*dentro, al juego.*) Vaya usted al demonio.
TODOS. (*riéndose.*) Coronel!
EMI. Otra vez?
FED. (*mirando.*) No es nada; Carlos se aparta de la mesa de juego.
EMI. Espliquese usted.
FED. Carlos es un escelente muchacho, amable, bueno, sensible, demasiado sensible tal vez, porque despues de una disputa un poco séria con su padre, por algunas locuras de la juventud, sentó plaza. Ahora permanece sordo á la voz de su familia que le llora, que le llama, y su hermana...
EMI. Tiene una hermana?
FED. Es una joven adorable, á quien he prometido devolverla su hermano.
EMI. Y ella le ha ofrecido á usted en cambio?..
FED. Una dicha que usted me ayudará á conseguir. (*movimiento en el fondo.*)
EMI. (*mirando á la galeria.*) Dios mio! Han desaparecido los dos!
FED. Voy á buscarlos Pero dígame usted quién es esa lugareña...
EMI. Amigo mio, sépalo usted todo. Antes de comprometerme he querido conocer al marido que mi tia quiere hacerme aceptar, y... (*á Francisco que sale con una bandeja.*) Francisco, ha visto usted en la galeria al coronel y al señor de Guzman?
FRAN. Si señora, estaban jugando con las espadas que habian descolgado...
EMI. Ah! (*mirando á Federico.*)
FED. Era broma?
FRAN. Si señor; todo el mundo se reia...
EMI. Bien, lleve usted esos helados á la galeria, y vea lo que pasa. (*Francisco entra en la galeria.*)
FED. Sosiéguese usted, señora; no me separaré de Carlos, y ya es la hora en que debe partir.
EMI. Me alegro mucho. Corra usted, corra usted, y ruéguele de mi parte que sea prudente.

ESCENA XIII.

EMILIA, FEDERICO, DOÑA LEONOR, *despues* FRANCISCO. *Se oye la orquesta que toca rigodon.*

LEO. Si, si, rigodon... Buen rigodon tenemos! (*hablando hácia adentro.*) Emilia, no sabe usted?.. Han salido los dos juntos!
FED. Quiénes?
EMI. Señora...
LEO. Mi hermano y ese fátuo que se atrevió á tocarle con la punta de su espada.
EMI. Cielos!
FED. Pero dónde están?
LEO No tema usted nada, querida. El madrileño necesitaba una leccion, y no es por el coronel por quien yo temo.
FED. (*á Francisco que vuelve á salir.*) Sabe usted algo?
FRAN. Esos caballeros han comenzado á batirse en la huerta, y el asistente del coronel que los ha visto de lejos, dice que uno de ellos ha caido en tierra.
EMI. Oh!
FED. Voy corriendo.
LEO. Y yo.

ESCENA XIV.

Dichos, el CORONEL *que aparece en el fondo.*

LEO. (*viéndole.*) Mi hermano!
EMI. El coronel! (*se apoya trémula en una mesa.*)
FED. Dios mio! (*vase precipitadamente.*)
COR. (*con mucha calma á Emilia.*) Vengo á reclamar mi rigodon. Pero está usted agitada, triste...
LEO. (*bajo á él.*) Por ti, todo por ti.
EMI. Triste? Qué disparate! (*lanzando una carcajada histérica.*) Ja! ja! ja! Nunca he estado mas alegre, mas animada! Ja! ja! ja! Vamos, vamos, rigodon! (*el coronel la dá el brazo.*) Dios mio! Habrá muerto quizás! Señores, señores, rigodon. Triste! ja! ja! ja! (*vase riendo con el coronel; todos se dirijen al salon del baile.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del coronel: puerta en el fondo. A la izquierda la del despacho del coronel; á la derecha la del gabinete de doña Leonor. A la izquierda una mesita con recado de escribir: á la derecha, un velador sobre el cual están las armas del coronel.

ESCENA PRIMERA.

CALISTO, *luego* PETRONILA.

CAL. (*canta, limpiando las armas del coronel.*)
Mi muger y mi caballo
en un dia se me han muerto;
qué muger ni qué demonio!
Mi caballo es lo que siento!

PET. (*dentro.*) Si señor, pregunto por el asistente del coronel. (*sale.*) Toma, si está aqui!

CAL. Eres tú, Petronila?

PET. (Averigüemos si sabe..) No dirás que no soy exacta.

CAL. Ni hermosa. Cáspita! Qué hermosa estás!

PET. Me he puesto de veinticinco alfileres.

CAL. Vas á conquistar al coronel, á fé mia. Tú vienes á pedirle mi mano, y él es capaz de robarme la tuya.

PET. No te burles. Yo soy muy tímida, y solo de pensar que voy á verle, no sé lo que me pasa.

CAL. Por qué, tonta?

PET. No dices que tiene tan malas pulgas?

CAL. Toma, eso solo reza con los soldados. Con las guapas chicas como tú... (*quiere abrazarla.*)

PET. (*rechazándole.*) No me toques... que me vas á arrugar.

CAL. Cáspita! Para ser una muger tímida, sabes dar soberbios puñetazos en el estómago.

PET. Vamos, cuándo me presentas?

CAL. Cuando esté visible el coronel; porque hemos vuelto tarde de una casa de campo donde nos han sucedido famosas aventuras.

PET. (Ya estamos en la cosa.) De veras?

CAL. Si supieses! Alli encontré una porcion de caras conocidas, que pertenecian á cuerpos desconocidos. Sobre todo, habia un paisano... que yo apostaria que era él, á no ser que fuese otro.

PET. Quién es él?

CAL. El!.. Carlos Perez... el soldado voluntario del regimiento.

PET. (*riéndose.*) Ah! ah! ah! qué simple eres!

CAL. A fé de buen mozo!

PET. Calla, calla!

CAL. Pero...

PET. (*severamente.*) Te digo que calles. Acaso habrás hablado de esa semejanza al coronel?

CAL. Quiá! no! Porque si fuese él...

PET. (Seria fusilado!)

CAL. Qué dices?

PET. Digo... que está arrestado.

CAL. No importa, yo juraria...

PET. Señor Calisto, si le vuelve á ocurrir á usted semejante idea, si le apunta usted una palabra al... á quien fuere, le doy á usted unas solemnes calabazas.

CAL. Vaya! Calabazas?

ESCENA II.

Dichos, el CORONEL, DOÑA LEONOR, *despues* ESTANISLAO.

COR. (*saliendo del cuarto de doña Leonor.*) Déjame con mil demonios!

CAL. El coronel.

PET. Ay que miedo! (*se retiran.*)

LEO. (*siguiendo al coronel.*) Un matrimonio tan ventajoso!

COR. Si, bonita campaña me has obligado á hacer!

LEO. Ya lo creo.

COR. (*á Calisto.*) Qué es eso? Qué haces aqui?

LEO. Quién es esa muger?

CAL. No es una muger... es decir, si lo es, pero... En fin, perdonen sus mercedes... es la posadera que quiere tener el gusto de casarse conmigo, si V. S. no lo toma á mal.

COR. Ah! es tu novia! Que se acerque.

LEO. No me parece mal... buen porte tiene!

CAL. (*bajo á Petronila.*) Acércate, borrica.

COR. (*á Leonor.*) Sabes por qué nos convidaron? Unicamente para azuzar el amor de aquel elegantuelo cortesano.

LEO. Bah! Gastó bromas contigo, le heriste, y se acabó todo.

COR. No, no. (*bruscamente á Petronila á quien Calisto empuja.*) Hola! Quieres meterte en mi bolsillo?

PET. (*retrocediendo.*) Mi coronel....

CAL. Como la dijo V. S. que se acercase, ella...

COR. Silencio. Conque tú eres la que desea casarse con este majadero?

PET. Si señor... con este majadero. Necesito un muchacho fiel para que me ayude en mis faenas... y he pensado que si fuese un marido...

LEO. Te ahorrarias el salario.

CAL. Eso es. Petronila ha sido cantinera...

COR. Silencio. Eres soltera?

PET. No, mi coronel; enteramente no.

LEO. Serás viuda?

PET. Si señora, ó poco menos. Mi primer novio acababa de sacar la licencia para casarse, cuando le mataron en la última guerra, aqui, en Cataluña.

LEO. Fué una desgracia!

CAL. No para mi, comandanta.

LEO. (*riéndose.*) Calla, bobo.

COR. Bueno, veremos, veremos...

PET. Está bien, mi coronel.

CAL. (Qué es lo que querrá ver?)

COR. Vamos, dejadme en paz.

PET. Está bien, mi coronel. (Qué genio tiene! Pobre joven!) (*se aleja con Calisto.*)

LEO. (*al coronel.*) Ahora hablemos de ese matrimonio.

EST. (*desde la puerta.*) Mi coronel...

COR. (*con impaciencia á Leonor.*) Otra vez?

CAL. El sargento primero, á quien V. S. llamó.

EST. (*saliendo.*) A la orden de V. S.... Con perdon, señora... (Cristo! Qué buena moza!)

LEO. (Es guapo este sargento!)

COR. Tiene usted en su compañia un soldado que se llama Perez?

PET. (*volviéndose atrás desde la puerta.*) Perez!

COR. Cómo! No te has marchado aun?

PET. Ya me voy... Ya me voy...

COR. Despacha.

PET. Bien, mi coronel. (*bajo á Calisto que la vá á seguir.*) Tú, quédate. (*vase.*)

CAL. (Qué capricho! Por qué querrá que me quede?) (*hace que limpia las armas.*)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR, *el* CORONEL, ESTANISLAO, CALISTO.

COR. (*sentándose á la mesita.*) Y qué es ese Perez?

EST. Mi coronel, es un buen muchacho.

COR. Un buen muchacho? Un mal soldado que faltó ayer á la revista.

EST. Ya le arresté.

COR. Nada mas?

EST. No está acostumbrado á la disciplina..

COR. Se arresta por llevar una mancha, por hablar en las filas, por faltar un tiempo en el ejercicio, pero por una revista deben ser lo menos dos dias de calabozo. Comprendo lo que es! Ese soldado recibirá dinero de su familia, que gastará con sus camaradas, con sus superiores quizás... Pagará vino, cigarros, francachelas, y en cambio se le trata con indulgencia. Pues cuidadito conmigo, porque á la primera debilidad...

Est. Si mi coronel me conociese, no sospecharia....
Cor. Silencio!
Est. (Es un toro!)
Leo. Es el soldado que te recomendó aquel artista?
Cor. No tiene pocos protectores. Al levantarme recibí una carta de Madrid...
Leo. Acuérdate de que el joven que te lo recomendó es muy amigo de la condesa.
Cor. Si, y amigo del otro. Buena recomendacion! (*se levanta.*)
Est. Mi coronel?
Cor. No hablo con usted. Maulon! Si no sirve para soldado, por qué no se quedó en su casa? Ni siquiera ha sabido hacerse nombrar cabo! (*mirando à Estanislao.*) Qué es eso?
Est. (*desde la otra punta del teatro.*) Es á mi á quien tiene V. S. el honor de dirijir la palabra?
Cal. (*desde el fondo.*) Si tal, mi coronel, era cabo, pero...
Cor. Qué haces tu ahi? Vete.
Cal. Está bien. (Vete... y aquella me dice: quédate. Vaya un compromiso!) (*se queda en el dintel de la puerta.*)
Leo. Parece que fué cabo...
Cor. (*á Estanislao.*) Y por qué no lo es ya?
Est. Porque le destituyeron.
Cor. Sin duda porque no sabria cumplir sus deberes. Y recibe muchas visitas? Esa es la costumbre.
Est. De vez en cuando.
Cor. Sabe usted qué profesion tiene su padre?
Est. Lo ignoro, mi coronel.
Cal. (*desde la puerta.*) Dicen que es tendero...
Cor. Conque no quieres marcharte, bribon?
Cal. Ya me voy. (*vase.*)
Leo. Te habian dicho que su padre es banquero...
Cor. Es cierto. (*á Estanislao.*) Puesto que me lo recomiendan, será menester tenerle á la vista. Mándele usted venir.
Est. De veras quiere V. S.?
Cor. Que le mande usted venir, digo. (*impaciente.*)
Est. Al momento, mi coronel. (Picara suerte! Si habrá vuelto ese libertino?)
Leo. Oiga usted, sargento. Prohiba usted á su compañia que juzguen un Neron al coronel.
Est. Un Liron? No creo que...
Cor. Bien, bien, ande usted. (*Estanislao vá á entrarse, Calisto sale y le atropella.*)
Cal. Mi comandanta... mi... Ah!
Est. Animal, estás ciego? (*vacilando y gruñendo.*)
Cor. No acabarás? (*á Estanislao.*) Váyase usted. (*vase Estanislao.*)
Cal. No le busco á V. S., mi coronel, sino á mi comandanta.
Leo. Qué hay?
Cal. La señora aquella... ya sabe usted... la lugareña...
Cor. Una lugareña?
Cal. No, quiero decir...
Emi. (*riendo dentro.*) Un cuartel! Ja! ja!
Leo. Si es Emilia! (*saliendo á su encuentro.*)
Cal. Señora...
Cal. (Emilia! Eso es.)

ESCENA IV.

Emilia, doña Leonor, *el* Coronel.

Emi. (*fingiendo alegria.*) Amiga mia... Buenos dias, coronel.
Leo. Qué sorpresa tan agradable!
Cor. Cuanta bondad!
Emi. Acaso me comprometo viniendo á casa de un coronel...
Leo. Viene usted á casa de su hermana.
Cor. Nosotros guardaremos el secreto.
Emi. Oh! no me importa, porque vengo á llevármelo á usted.
Cor. A mi?
Emi. (*riéndose.*) En compañia de su hermana... que es su ayudante.
Leo. A dónde? (*á una señal suya, Calisto ha acercado sillas y ahora se sientan; Calisto se vá.*)
Emi. Mi tia está mucho mejor, y yo quiero pagarle la fiesta con que me obsequió ayer; pero una fiesta chiquitita, para nosotros cuatro. Tocaremos y cantaremos, nos pasearemos por el jardin, y esta noche... no podremos darla un baile, no siendo más que los cuatro; pero vendremos todos juntos al teatro á Barcelona, donde dicen que tienen ustedes una compañia... detestable. (*se rie.*)
Leo. (*riéndose.*) Es verdad!
Cor. (*id.*) Oh! yo no la escucharé.
Emi. Pasaremos un dia muy delicioso.
Leo. No tienen ustedes ya nadie en la casa de campo?
Emi. No. Felizmente todo el mundo se ha marchado.
Cor. Mejor.
Emi. El carruaje de mi tia ha traido esta mañana á Barcelona á don Federico, aquel pintor que debia hacer mi retrato, y que no lo hará ya.
Leo. Ah! El amigo del joven...
Emi. Si, si. No le perdono el haberme presentado un hombre que no conociamos. Si supiese usted, coronel, cuanto he sentido el lance á que le espusimos á usted!
Cor. Yo solo deploro un momento de impaciencia... Pero no fué mia la culpa. Aunque las impertinencias de aquel fátuo merecian una leccion, deseaba dejarla para mejor ocasion; mas á consecuencia de una nueva provocacion... hizo saltar mi espada, y entonces...
Leo. Qué diablo! Un coronel no debe sufrir ancas de nadie!
Emi. Eso le he dicho yo á mi tia.
Cor. Ademas, no se morirá de la herida que le hice en el brazo.
Emi. No, asi lo espero. (*con interés.*) Y usted tambien fue herido, coronel?
Cor. Bah! un arañazo en la mano.
Leo. Y qué ha sido de aquel mozalvete?
Emi. Le hicieron la primera cura en casa, y á poco se volvió en el correo á Madrid, donde vá á casarse, segun creo.
Cor. (*con alegria.*) Buen viaje.
Emi. Es uno de esos importunos á quien una no vuelve á ver.
Leo. Afortunadamente.
Cor. Pues que pida á Dios que no nos encontremos otra vez, pues pagaria caro el haberme obligado á faltar á las consideraciones que debia á ustedes. (*se levantan.*)
Emi. (*haciendo por reirse.*) No piense usted en eso, que es lo que queremos hacerle olvidar mi tia y yo. Conque nos vamos?
Cor. Yo iré á reunirme con ustedes luego, porque tengo consejo hoy.
Emi. Bah! Pues que lo tengan sin usted.
Cor. Ademas, su pintor de usted don Federico, me habia recomendado un asunto...
Emi. Deje usted orden para que lo despachen durante su ausencia.
Cor. Pero...
Emi. Coronel, conque no quiere usted que me le lleve prisionero?
Cor. Usted?
Emi. Si, quiero arrebatar á los soldados su coronel.

COR. Repito...
EMI. Y yo que le habia prometido á mi tia este rapto, tendré que decirla: «no ha querido... me ha desairado.
LEO. No, no.
COR. Quién puede resistir á tantas gracias? Será la primera vez que habré sacrificado mi obligacion á un placer.
EMI. (*riéndose.*) Los filósofos dicen que principio quieren las cosas. Vamos.
LEO. Permítame usted antes que dé algunas órdenes.
COR. Y á mi que escriba unas cuantas cartas.
EMI. Bueno, pero despachen ustedes pronto, que se hace tarde.
COR. (*con galanteria.*) Mas prisa tengo yo que usted.
LEO. Dejémosle escribir, y véngase usted adentro conmigo.
EMI. Hasta luego.
COR. Descuiden ustedes, que no me haré esperar.

ESCENA V.

El CORONEL, *luego* ESTANISLAO.

COR. (*sentándose á escribir.*) Es preciosa, y creo que ya estoy enamorado como un cadete. (*á Estanislao que sale por el fondo.*) Qué ocurre?
EST. (*desde la puerta.*) Dispense V. S., mi coronel... pero es que el lancero... aquel... pues... no se halla en estado de presentarse á sus gefes.
COR. Por qué?
EST. Diré á V. S.... no es que lo acostumbre... sin embargo, ahora... en fin... está chispo.
COR. (*escribiendo.*) Está borracho?
EST. Al principio no se le conocia... pero la orden de V. S.... y el aire libre le han acabado de trastornar.
COR. No importa, que venga, y si se resiste, hágale usted traer.
EST. Bien, mi coronel. (*vase.*)
COR. Asi son todos esos caballeritos... No asistiré al consejo, ya que Emilia se empeña. Mi hermana tiene razon: este matrimonio me conviene.

ESCENA VI.

El CORONEL, CARLOS, ESTANISLAO.

EST. Aqui está el consabido.
CAR. (*sale vacilante, con la voz ronca, y la gorra inclinado sobre los ojos.*) Quietos... quietos... no me toqueis... yo sé andar solo.
COR. Hola, ya está ahi!
CAR. Ah! mi coronel! (*se pone la mano de modo que le oculte el rostro del lado del coronel.*) Cáspita!
COR. (*poniéndose otra vez á escribir.*) Se halla usted en buen estado!
CAR. Mi estado? Mi coronel me pregunta mi estado? Mi estado es soltero.
EST. Silencio!
CAR. Chit! Silencio!
COR. (*escribiendo.*) Sargento, usted tiene la culpa. Si le hubiese usted puesto en el calabozo no habria sucedido esto.
EST. He hecho mal.
CAR. Dispense V, S., mi coronel...
EST. (*bajo.*) Chit.
CAR. Chit! Pero el verdadero culpable es el moscatelillo! Pícaro moscatel!
COR. Basta.
CAR. Basta... Entonces... marchémonos... marchémonos.
EST. (*deteniéndole.*) No, no.
CAR. Si, si: el coronel acaba de decirme basta...
COR. (*levantándose.*) Eh?..
CAR. (*colocando vivamente la mano como antes.*) Oh!
EST. (*bajo.*) Chiton!
CAR. Chiton! (*id.*) Marchémonos.
COR. Quédese usted. Estando arrestado por veinte y cuatro horas, dónde ha podido embriagarse?
EST. En la cantina quizás.
CAR. Como habia trabajado todo el dia haciendo las cuentas del sargento...
EST. Si, algunas veces me ayuda...
CAR. Chit!
COR. A beber acaso.
CAR. (*riéndose.*) Ah! ah! ah! Yo diré á V. S., mi coronel... el sargento no entiende mucho de ortografia... y su ortografia soy yo.
EST. (*le coje del brazo para que calle.*) Silencio... delante del coronel... (*á media voz; el coronel vuelve la cabeza y vé la cara de Carlos, que se pone al momento la mano en su gorra.*)
CAR. Chit! Asi, esta mañana estaba tiritando, y quise entrar en calor con el moscatel...
COR. (*ap. mientras habla.*) Singular semejanza! (*se acerca á Cárlos.*)
CAR. (*se vuelve como vacilando.*) Pero el tal moscatel me calentó tanto, que tengo una especie de tabardillo... perdone V. S., mi coronel.
COR. No vuelva usted la cara.
CAR. (*volviendo siempre la espalda al coronel.*) Si todo dá vueltas... todo... hasta mi coronel... (*el coronel le tira la gorra.*) Ay! Mi gorra!
COR. (*á Estanislao.*) Este hombre no ha cumplido su arresto.
EST. Mi coronel... (*ap. trémulo.*) Ay! ay! ay!
CAR. (*dando vueltas al rededor de su gorra y recojiéndola.*) No corras, no corras!
COR. Se ha ausentado!..
EST. Juro á V. S..
COR. Miente usted! (*á Carlos.*) Usted no está borracho.
CAR. (*vacilando.*) No. No es verdad que no estoy borracho, mi coronel?
EST. Buena pregunta!
COR. Cuidado, que si se jugase conmigo hasta este punto, pobre de usted! (*á Estanislao.*)
EST. De mi?
CAR. (*riéndose.*) Ah! ah! ah!
COR. (*volviéndose hácia Carlos.*) Y le haria á usted fusilar.
CAR. Fusilar? A quién? (*llorando.*) A mi sargento?
COR. Repito que este hombre ha salido; que no ha pasado la noche en el cuartel!
CAR. Chit!
EST. Es verdad, mi coronel.
CAR. Es verdad, me he escapado!
EST. Si, se ha escapado... eso es.
COR. Y esta noche la ha pasado...
CAR. Chit! Pobre Petronila! No digan ustedes nada (*con misterio.*) En efecto, he pasado la noche bebiendo con Petronila la posadera... guapa chica, eh? á la salud de su futuro esposo el trompeta Calisto. Ja ja! ja! Pero ante todo la purisima verdad. Petronila es honrada... y yo soy un caballero... pues.
COR. En la posada de Petronila?
EST. Asi parece.
CAR. Otro trago, chica! Hem, hem!
COR. No es cierto; salió vestido de paisano.
EST. No tal, lo juro por mis galones.
COR. Sus galones... sus galones... (*á Carlos.*) Fué usted á la quinta de Badalona?
CAR. Badalona? Dónde está Badalona?
COR. Por vida de mil demonios!

ESCENA VII.

Dichos, EMILIA.

EMI. (*desde dentro.*) Una vez que está usted lista, voy á buscar á su hermano. (*saliendo.*) Coronel... (*vé á Carlos.*) Ah! no está usted solo?
COR. (*acercándose á ella.*) Señora...
EST. Bello seso!
CAR. Pues desfilemos!
COR. Alto ahi! Amiga mia, llega usted muy á tiempo. Este es el protejido... de aquel joven pintor.
EMI. De don Federico?
CAR. (*haciendo por recordar.*) Don Federico? Quién es don Federico?
COR. (*conteniéndose.*) Ya lo vé usted; he aqui lo que son los señoritos en un regimiento; he aqui en qué estado se les halla: borrachos. (*hace volver á Carlos hácia Emilia.*)
EMI. (*riendose.*) Bonita situacion!
CAR. Permita V. S....
EST. Silencio!
CAR. (*imitándole.*) Silencio!
COR. No encuentra usted, como yo, una singular semejanza?..
EMI. Semejanza? Con quién?
COR. Con aquel majadero...
CAR. Majadero? (*reprimiéndose.*) Con ese majadero de sargento?
EST. Conmigo, pardiez?
CAR. Chit!
COR. Que estaba ayer en casa de su tia de usted... que me insultó y provocó...
EMI. Quién? Este soldado? (*sonriéndose.*) Cree usted que se parece?.. No... yo no hallo tal semejanza.
COR. De veras?
EMI. Espere usted... Si, si... Hay alguna cosa en los ojos... pero Guzman los tenia mas grandes.
COR. Guzman... y este se llama Perez!
CAR. Presente!
COR. (*contemplándole.*) Esa cara, vive Dios...
EMI. Hay otra espresion en ella... Luego, la estatura no es igual.
CAR. (*plantándose.*) La señora me mira! Firme! (*vacila.*)
EST. (Qué mosca les habrá picado?)
COR. Pero...
EMI. (*riéndose.*) Es una mania particular! Ah! ah! ah!
CAR. Ah! ah! ah!

ESCENA VIII.

Dichos, CALISTO.

CAL. (*sale corriendo.*) Mi coronel!
COR. (*bruscamente.*) Qué te se ofrece?
CAL. Acaba de subir por la escalera del cuartel, al despacho de V. S., un caballero que trae una carta del ministro.
COR. Está bien; allá voy. (*á Calisto.*) Oye tú, dí... (*señalando á Carlos.*) No has visto esa cara en otra parte?
CAL. Carlos!
CAR. El trompeta!
COR. Por ejemplo, en la quinta á donde me acompañaste ayer.
CAL. Quinta? Mi coronel, yo no he estado en ninguna quinta sino en la que metí mano en cántaro.
COR. Anda, torpe. Te pregunto si no le viste anoche en el baile.
CAL. No, mi coronel, no.
COR. (*mirando á Carlos.*) Es prodigioso!
EST. (Tengo un escala-frio!)
CAL. (Petronila me ha prohibido...)
EMI. (*al coronel, á media voz.*) Le preocupa á usted aun... esa semejanza?
COR. Si... es decir, no.
EMI. Ah! Ah! Ah! Es una locura! Hasta luego, coronel. (*vase por la izquierda.*)
COR. (*ap., furioso.*) Soy objeto de risa! No faltaba mas que esto! Sargento!
EST. Mi coronel?
COR. Me dará usted cuenta de su conducta por haber dejado salir á este borracho, á quien pondrá usted en el calabozo hasta nueva órden.
CAR. Bueno, bueno... Vamos á hacer compañia á las ratas. Dónde está mi pipa? (*la saca del bolsillo.*)
COR. (*ap., volviéndose atrás cuando se marchaba.*) Ah! La herida del brazo derecho! (*se acerca á él.*)
CAR. (*cantando.*)
Una vieja barriendo
se encontró un cuarto...
COR. Qué es eso? (*le coje el brazo; Carlos se interrumpe y deja caer la gorra que tenia en la mano.*)
CAR. Eh?
COR. (*apretándole el brazo.*) Se le ha caido á usted la gorra.
CAR. (*haciendo por sonreirse.*) Mi gorra? Aqui está! (*la recoje y sigue cantando.*)
De perilla le vino
para tabaco.
COR. (*mirándole fijamente y apretándole el brazo.*) Estuvo usted en casa de Petronila?
CAR. Chit! Que está Calisto delante!
COR. (*soltándole con despecho.*) Nada, nada! (*á Calisto.*) Sígueme.
CAR. (*cantando.*)
De perilla le vino
para tabaco.
COR. (*mientras Carlos acaba de cantar.*) Ah! Todos me la pagarán! (*vase por la izquierda con Calisto. Carlos, que ahogaba su dolor, exhala un grito.*)
CAR. Oh!

ESCENA IX.

CARLOS, ESTANISLAO; *despues* EMILIA.

EST. (Estoy fresco!)
CAR. Oh! Mi herida! Mi herida! (*se deja caer casi sin sentido sobre un sillon.*)
EST. Qué es eso? Se pone malo?
CAR. (*llevando la mano á su herida.*) Por poco me vendo!
EMI. Por fin ha salido! (*corre á la puerta del fondo.*)
CAR. (*viéndola.*) Señora... (*se levanta y acerca á ella.*)
EMI. Cuidado por Dios! Yo tiemblo!
CAR. Tranquilícese usted: estamos solos.
EST. Pero, hijo mio, es menester...
CAR. Es menester que yo hable á esta señora.
EST. No puedo...
EMI. Se lo suplico á usted!
EST. Es que...
CAR. Si supiese usted qué avergonzado estaba del papel que tenia que representar en su presencia!
EST. Se le ha pasado la chispa!
EMI. Bien lo conocia.
CAR. He destruido las sospechas de ese atroz coronel, y gracias á usted...
EST. Vamos al calabozo!
CAR. Al instante.
EST. Mi consigna...
EMI. Soy amiga de la familia de don Carlos.
EST. Ya; pero si el coronel viene...
CAR. Póngase usted de centinela ahí.
EST. Un sargento no hace centinelas.
CAR. (*bajo.*) Sino lo confieso todo.

EST. Vive Cristo!
EMI. Un minuto, por favor.
EST. Yo he visto esta cara en otro cuerpo, de fijo! (*entreabre la puerta y desaparece un momento.*)
CAR. Usted aqui, señora... en casa del coronel!
EMI. Queria llevármele al campo antes de que volviese á verle á usted, y alli le hubiéramos detenido, para dar tiempo á su amigo de usted de buscar un sustituto.
CAR. Un sustituto?
EMI. Es indispensable.
CAR. No, no; mi padre me obligó á hacerme soldado, y despues de lo que dió que hablar mi enganche, no puedo volver al mundo sin una especie de ridículo, que no me hallo con ánimo de arrostrar.
EMI. Ayer consentia usted...
CAR. Ayer, en un salon, al lado de usted, que es tan hermosa, tan buena, se apoderó de mí una idea insensata. Me pareció que si volvia á presentarme en la sociedad con una muger angélica que me condujese como un buen ángel, en vez de compadecerme y de burlarse de mí, todos envidiarian mi suerte, y me felicitarian por una calaverada que me habia valido tan grande felicidad. Perdone usted una ilusion que ha durado poco! Esa muger ha venido aqui para devolver al coronel todas sus esperanzas.
EMI. He venido para salvar á usted... para disipar sus sospechas.
CAR. Mañana ya no las tendrá, y será venturoso con su amor de usted.
EMI. Y quién le dice á usted que yo le amo á él?
CAR. Cielos! Me permi iria usted creer todavia que soy yo, yo...?
EMI. Crea usted lo que quiera; pero ante todo renuncie á ese uniforme, que me inspira miedo. (*Estanislao aparece poco á poco.*)
CAR. Y consentiria usted...?
EMI. En todo... por salvarle á usted!
CAR. Ah! Emilia!
EST. (*saliendo precipitado.*) Demonio! Que salen del cuarto del coronel!
EMI. Márchese usted!
EST. (*cojiéndole por el brazo.*) Al calabozo!
CAR. (*lanzando un grito.*) Cuidado!
EST. Silencio!
EMI. Que es eso?
CAR. Nada, nada.
FED. (*dentro.*) Si, coronel, si.
EST. (*escuchando.*) Es él! Estamos perdidos!
EMI. Corran ustedes!
CAR. Adios, adios. (*vase precipitadamente con Estanislao.*)

ESCENA X.

EMILIA, FEDERICO, DOÑA LEONOR.

FED. (*sale del cuarto del coronel.*) Pues la veré.
EMI. Federico!
FED. Señora... Pero qué tiene usted?
EMI. Es que habia creido... temia... Ahora se separa de mí.
FED. Quién?
EMI. Guzman.
FED. Carlos?
EMI. Ha conseguido usted algo?
FED. Sepa usted...
EMI. Silencio! Alguien viene.
LEO. (*muy compuesta.*) Con que nos marchamos, ó no? Y mi herm no? (*conociendo á Federico.*) Hola! Este caballero aqui? Yo creia que mi hermano...
FED. Me separo de él ahora mismo.
LEO. Comprendo. Ha venido usted á hablarle por su protegido?
FED. Justamente.
EMI. Y espera usted lograr...?
FED. No sé; he entregado al coronel una carta del ministro, que autoriza, en caso de necesidad, la sustitucion de mi amigo, si el coronel no tiene razones para negarla.
LEO. Entonces, es negocio concluido.
FED. (*mirando á Emilia.*) No, no; existen sospechas graves contra él; y mientras, está en el calabozo por haberse ausentado, emborrachado... qué sé yo! Hasta se trata de un consejo de guerra.
EMI. (*muy conmovida.*) Ah!
LEO. Ha faltado á alguno de sus gefes?
FED. Eso se teme.
LEO. Malo! Con eso no hay indulgencia.
FED. La desgracia es tanto mayor, cuanto que habia encontrado un lancero cumplido, que consentia en ser sustituto.
EMI. Y cree usted que su amigo podrá justificarse?
FED. Asi lo espero. Asegura que pasó la noche de broma en casa de una tal Petronila, posadera.
LEO. Petronila! Ah! Ah! Ah! La novia del trompeta!
EMI. Pero esa muger...
FED. La he visto.
LEO. Y confiesa?
FED. Todo!
LEO. (*riéndose.*) Ah! Ah! Ah! Pobre trompeta!

ESCENA XI.

Dichos, el CORONEL, CALISTO; *luego* PETRONILA.

COR. (*á Calisto, que le sigue.*) Si, voy al consejo.
EMI. El coronel.
LEO. Cómo! Vas al consejo? No vienes con nosotras?
COR. Me es imposible.
EMI. Con que falta usted á su palabra?
COR. Señora, lo siento infinito; pero una carta que el señor me ha traido, me impide que marchemos juntos; aunque pronto me reuniré con ustedes.
LEO. Bueno; nos iremos las dos.
EMI. No, no.
CAL. (*viendo salir á Petronila.*) Petronila!
TODOS. (Petronila!)
PET. Vengo, mi coronel, á traerle á V. S. mi fé de bautismo.
COR. Para qué?
CAL. Para nuestro matrimonio.
COR. Bestia!
CAL. Si señor, mi coronel.
COR. Guarde usted ese papel; no quiero que se verifique semejante boda.
CAL. Por qué?
COR. Me intereso demasiado por el honor de mis soldados... para permitir que ese nécio se case con una muger, á cuyo lado se jacta el lancero Perez de haber pasado parte de la noche última.
EMI. (Cielos!)
LEO. Es verdad!
PET. (*vivamente.*) Pero... (*Federico la dá un codazo: ella se calla.*)
CAL. Dios mio! Será posible?
PET. (*mirando á Federico.*) Pero... es decir... mi coronel...
CAL. No puede ser.
FED. (*á Petronila bajo, mientras que el coronel mira á Calisto con enojo.*) Siga usted... adelante.
PET. Es cierto.
COR. (*mirándola.*) Ah! (*Federico se aleja.*)

Emi. (*sonriéndose.*) Coronel, me obliga usted á asistir á un interrogatorio singular.

Cor. Perdone usted, señora; mas como usted tambien se interesa por ese lancero...

Emi. No tal; yo no le conozco siquiera.

Leo. Es un bribon, un calavera.

Fed. Coronel, por un ligero pecadillo...

Cor. (*severamente.*) Llama usted á eso un pecadillo, caballero? Un soldado que viola la consigna, y se escapa del cuartel para ir á pasar la noche y emborracharse con la novia de un compañero suyo!

Cal. (*furioso.*) No puede ser!

Cor. Ella lo confiesa. (*Federico mira á Petronila.*)

Pet. Si, mi coronel... es verdad.

Cal. (*exasperado.*) No, no es verdad.... porque Perez estaba anoche en el baile de esta señora.

Leo. En el baile?

Cal. De paisano... de fraque.

Emi. (*riéndose.*) Ah! Ah! Ah! Qué disparate!

Cor. De veras lo cree usted disparate?

Pet. (*á Calisto.*) Estás diciendo una mentira.

Fed. (*bajo á Calisto.*) Cállese usted.

Cal. No quiero callarme, porque Petronila es una muchacha honrada.

Pet. No.

Cal. Si que eres honrada.

Pet. No.

Cal. Si!

Pet. Calisto!

Cal. Y no importa, me casaré con ella, porque eso no es verdad.

Emi. Comprendo la terquedad de este jóven: sin duda como usted halla semejanza... (*al coronel.*)

Leo. Qué semejanza?

Cor. Es posible!

Est. (*saliendo.*) El consejo está reunido hace rato, mi coronel.

Cor. Bien, allá voy. Está en el calabozo el lancero Carlos Perez?

Est. No señor, mi coronel.

Cor. Cómo no?

Est. Es que... Voy á decir á V. S., mi coronel... Cuando yo le conducia allá, le dió una especie de congoja de resultas de la sangre que brotaba de una herida que tiene en el brazo derecho.

Leo. Herido?

Est. Está en la enfermeria, donde le curan ahora.

Pet. (*á Calisto.*) Qué necesidad tenias de decir eso, mal corazon?

Cal. Yo mal corazon?

Leo. (*á su hermano.*) Esplícame...

(El Coronel la hace callar apretándola la mano; luego lanza una mirada de reconvencion á Emilia; se dirige á la puerta sin hablar palabra, mira de nuevo á Emilia, luego á Federico, y se vá precipitadamente. Estanislao le sigue. Calisto y Petronila se van detrás disputando.)

Pet. Tú tienes la culpa.

Cal. Yo no.

Pet. Si, si, si. (*desaparecen.*)

Leo. (*despues de una pausa.*) Pero qué quiere decir...?

Fed. (*lanzándose hácia la puerta.*) Está perdido!

Emi. (*muy conmovida.*) Oh! No! Trate usted de verle, de salvarle!

Fed. Si, si. (*vase.*)

ESCENA XII.

Emilia, doña Leonor.

Emi. Desventurado!

Leo. Pero, señor, qué es esto? Qué significan el arrebato de mi hermano, la agitacion en que usted está?

Emi. El coronel lo sabe todo.

Leo. Ese soldado...

Emi. Es el jóven que anoche, en casa de mi tia, le irritó con tanta imprudencia.

Leo. El que hirió á su coronel? Pues hija mia, es hombre muerto.

Emi. No diga usted eso.

Leo. Sin duda. Un soldado que se escapa del cuartel, vestido de paisano, contra la ordenanza; que se aprovecha de su disfraz para batirse con su coronel, á quien conocia... Le harán comparecer ante un consejo de guerra, que no puede menos de condenarle á ser fusilado.

Emi. (*con desesperacion.*) Es imposible! Hable usted, aconséjeme lo que he de hacer para ablandar al coronel.

Leo. Con que tanto se interesa usted por él?

Emi. Por su familia, por su hermana. Ademas, se comprometió en casa de mi tia, en el baile... (Y por mi!)

Leo. Eso depende de mi hermano... nada hay perdido aun. La ama á usted, y de un marido se consigue todo... antes de ser marido.

Emi. Si, si. (*se sienta á la mesa y escribe.*)

Leo. Pero si algun otro ademas de él sabe lo que ha pasado, no respondo de nada. La disciplina es inexorable, y entonces no dependeria del coronel ya..... En fin, si yo fuese del consejo, le condenaria á muerte.

Emi. Usted?

Leo. En el ejército somos inflexibles!

Emi. (*levantándose con indignacion.*) Es horroroso lo que usted dice! Es una barbarie!.. (*Leonor la mira con sorpresa; ella cambia de tono.*) No, no, tiene usted razon, amiga mia, mi querida hermana.

Leo. Su hermana!

Emi. Tome usted esta carta, y mande que se la entreguen al coronel. Yo se lo ruego, yo se lo suplico á usted.

Leo. Al momento, tranquilicese usted. Qué seria de mi si lo tomase tan á pechos siempre que ocurren desgracias semejantes?

Emi. Corra usted.

Leo. Voy, voy. (*vase.*)

Emi. Ah! Qué dureza de corazon, cuando yo doy mi vida, mas que mi vida por salvarle!

ESCENA XIII.

Emilia, Carlos, *que sale rápidamente por el despacho del coronel, cierra la puerta y escucha si le persiguen.*

Emi. (*viéndole.*) Ah!

Car. Qué veo! Pero dónde estoy?

Emi. En casa del coronel!

Car. Otra vez? Al lado de usted! No me creia tan feliz!

Emi. Yo le juzgaba á usted preso.

Car. Cuando supe que todo se habia descubierto, comprendí que estaba perdido.

Emi. (*llorando.*) Le perdonarán á usted.

Car. Me perdonarán tal vez la vida para condenarme á vivir deshonrado, envilecido, en un lugar infame. Oh! Jamás, jamás! Y entonces, en aquella enfermeria desde donde iban á encerrarme en un calabozo, aprovechando un momento en que nadie me observaba, emprendi mi fuga; atravesé un patio desierto, y precipitándome á una escalera que aparecia ante mis ojos, llegué hasta aqui, sin saber á donde venia, aunque esperando al menos encontrar un arma con que salvar el nombre de mi padre!

EMI. (*fuera de si.*) Oh! No! Piense usted en los que le aman! Ningun sacrificio les parecerá costoso para salvarle!

CAR. Ya no es posible!

EMI. Si, si; vivirá usted!

CAR. Para usted... para amarla!

EMI. (*con dolor.*) No piense usted en mi sino en su padre, que seria harto castigado de su severidad; en su hermana que solo aguarda su vuelta de usted para ser dichosa. Yo no puedo hacer mas que devolverle á usted á su familia... y usted me olvidará.

CAR. No lo piense usted, porque la idolatro.

EMI. Cállese usted, cállese usted! Sin duda le perseguirán á usted: van á venir, y es menester que usted se esconda hasta que yo obtenga del coronel que le deje escapar, huir al estrangero. Yo no entiendo nada de disciplina, de consejos de guerra; pero me arrojaré á sus pies...

CAR. Usted? No, no; no quiero nada de él obtenido por usted! Ya que la casualidad me trae á su casa, le veré, le hablaré... pero como soldado.

EMI. No, ahora no.

EST. (*dentro.*) Si, si; por aqui.

LEO. (*id.*) Está usted loco?

EMI. Oye usted?

CAR. Vienen á prenderme.

EMI. Por Dios, escóndase usted ahi, ahi! (*señala al cuarto de doña Leonor.*)

CAR. Señora...

EMI. Yo se lo suplico á usted! (*Carlos se entra precipitadamente. Emilia se queda delante de la puerta.*)

ESCENA XIV.

EMILIA, DOÑA LEONOR, ESTANISLAO, *en seguida el* CORONEL.

LEO. Repito que está usted loco.

EST. Lo aseguro á usted, mi comandanta, que se metió por la escalera pequeña.

EMI. (*esforzándose por disimular.*) Qué pregunta este hombre?

LEO. Viene en persecucion de ese lancero, de ese Perez.

EMI. (*fingiendo sorpresa.*) Perez? Pues qué, se ha escapado?

EST. Si señora, pero se le atrapará.

LEO. No aqui, le digo á usted. Yo no he salido, y no le he visto.

EMI. No, no; esta señora no le ha visto.

EST. Quizás se habrá metido en el despacho del coronel.

EMI. Ahí? Es imposible.

LEO. Vealo usted.

COR. (*apareciendo en el fondo.*) Qué sucede?

EMI. (*asustada.*) Ah!

LEO. Mi hermano!

EST. (*deteniéndose.*) Mi coronel!

COR. Que pasa aqui?

EST. Carambola!

LEO. Es el sargento...

EST. (*temblando.*) Es cierto... soy yo, mi coronel,.. pero no tengo la culpa... Se aprovechó de que yo hablaba con el enfermero para volar.

COR. Quién?

EST. El, mi coronel... Perez.

LEO. Pero nosotras no le hemos visto. (*Emilia hace señal de que no.*)

EST. Estoy seguro de que está en la escalerilla. (*va hácia el despacho.*)

COR. (*que ha seguido las miradas de Emilia.*) Torpe! (*se dirige á la puerta de la derecha.*)

EMI. Gran Dios!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, CARLOS; *luego* FEDERICO, *despues* CALISTO *y* PETRONILA.

COR. (*abriendo la puerta del cuarto de doña Leonor.*) Salga usted, salga usted! (*Carlos aparece. Federico sale por el fondo y se queda en segundo término.*)

EST. Hola, bribón! (*el coronel le detiene con una mirada.*)

LEO. Sin duda mientras yo sali...

COR. Probablemente. (*con tono mesurado á Carlos.*) Señor mio, usted no pertenece ya al regimiento, y por fortuna para usted, el documento de sustitucion de usted tiene la fecha de ayer y le absuelve de su falta.

EMI. Coronel!

COR. (*con dulzura sacando su carta.*) No es esto lo que me pedia usted, señora, como precio de su mano?

CAR. (*entre dientes.*) Eso es!

COR. (*vivamente.*) Qué decia usted? (*movimiento de Emilia: el coronel prosigue con voz dulce, aunque con algo de amargura.*) Sin duda se me juzga muy mal, cuando usted me cree capaz de semejante convenio. Señor mio, diga usted al caballero Guzman, que nada tiene que temer de un hombre que le hizo el honor de cruzar la espada con él. (*Carlos se inclina; el coronel continua muy conmovido desgarrando la carta de Emilia.*) Ya que usted no me ama, ruego á usted que me estime siquiera, señora.

LEO. Bravo, bravo, bravísimo! (*Calisto sale por el fondo con Petronila.*)

EMI. (*conmovida.*) Coronel, tantas bondades no serian nada para nosotros, si nos negase usted su amistad!

CAR. Dichoso yo si mi gratitud la merece algun dia!

COR. (*despues de un momento de lucha le tiende la mano.*) Caballero, deme usted esos cinco, porque es usted un valiente! (*se aparta de ellos enjugándose una lágrima.*) Con mil demonios! Creo que estoy llorando!

CAL. (*acercándose á él.*) Me casaré con ella, mi coronel?

COR. Si, cásate... una vez que eres amado! (*su hermana le aprieta la mano.*)

EST. (*bajo á Carlos.*) Es un beduino!

CAR. Que tiene un generoso corazon!

EMI.
Tal es, sin vil cobardia,
el militar español!
Refulgente como el sol
siempre brilla su hidalguia!
Sin torpe saña tambien,
él perdona noblemente;
y se venga... cual valiente,
tan solo con hacer bien!

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA. En las compañías donde el que ejecute el papel de Carlos, no supiese cantar, puede suprimirse la parte de escena que principia en la pág. 11, lín. 29, columna segunda, y concluye en la pág. 12, lín. 52, columna primera.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—*Madrid* 15 *de diciembre de* 1853.—Examinada por el señor censor de turno; y de conformidad con su dictámen, puede representarse.=*Zaragoza.*

Madrid, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.